

Ci[ur] 80

CUADERNOS DE
INVESTIGACIÓN
URBANÍSTICA

URBANISMO Y REPRODUCCIÓN SOCIAL
UNA INTRODUCCIÓN A SU HISTORIA

Álvaro Sevilla Buitrago

ENERO – FEBRERO 2012

ARGENTINA-BRASIL-CHILE-COLOMBIA-ESPAÑA-GUATEMALA-ITALIA-MÉXICO-PERÚ-VENEZUELA

**URBANISMO Y REPRODUCCIÓN SOCIAL
UNA INTRODUCCIÓN A SU HISTORIA**

ÁLVARO SEVILLA BUITRAGO

Doctor Arquitecto

Este documento es un resumen de la tesis doctoral: "Urbanismo y reproducción social. La planificación territorial de la multitud", dirigida por el profesor Fernando Roch Peña y leída por su autor el día 15 de Diciembre de 2009, en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid.

Enero / Febrero 2012

Director:	José Fariña Tojo
Consejo de Redacción:	
<i>Director</i>	Ester Higuera García
<i>Jefe de redacción</i>	María Emilia Román López
<i>Vocales</i>	Julio Alguacil Gómez (Univ. Carlos III de Madrid), Pilar Chías Navarro (Univ. Alcalá de Henares, Madrid), José Antonio Corraliza Rodríguez (Univ. Autónoma de Madrid), Alberto Cuchí Burgos (Univ. Politécnica de Cataluña), José Fariña Tojo (Univ. Politécnica de Madrid), Agustín Hernández Aja (Univ. Politécnica de Madrid), Mariam Leboreiro Amaro (Univ. Politécnica de Madrid), Rafael Mata Olmo (Univ. Autónoma de Madrid), Fernando Roch Peña (Univ. Politécnica de Madrid), Carlos Manuel Valdés (Univ. Carlos III de Madrid)
Consejo Asesor:	M ^a Teresa Arredondo (Directora de Relaciones con Latinoamérica, Univ. Politécnica de Madrid), Luis Maldonado (Director de la Escuela Superior de Arquitectura, Univ. Politécnica de Madrid), Antonio Elizalde, Julio García Lanza, Josefina Gómez de Mendoza, José Manuel Naredo, Julián Salas, Fernando de Terán
Comité Científico:	Antonio Acierno (Univ. Federico II di Napoli, Nápoles, ITALIA), Miguel Ángel Barreto (Univ. N ^{al} . del Nordeste, Resistencia, ARGENTINA), José Luis Carrillo (Univ. Veracruzana, Xalapa, MÉXICO), Marta Casares (Univ. N ^{al} . de Tucumán, ARGENTINA), María Castrillo (Univ. de Valladolid, ESPAÑA), Mercedes Ferrer (Univ. del Zulia, Maracaibo, VENEZUELA), Fernando Gaja (Univ. Politécnica de Valencia, ESPAÑA), Alberto Gurovich (Univ. de Chile, Santiago de Chile, CHILE), Josué Llanque (Univ. N ^{al} . S. Agustín Arequipa, PERÚ), Angelo Mazza (Univ. Federico II di Napoli, Nápoles, ITALIA), Luis Moya (Univ. Politécnica de Madrid, ESPAÑA), Joan Olmos (U. Politécnica de Valencia, ESPAÑA), Ignazia Pinzello (Univ. degli Studi di Palermo, Palermo, ITALIA), Julio Pozueta (Univ. Politécnica de Madrid, ESPAÑA), Alfonso Rivas (UAM Azcapotzalco, Ciudad de México, MÉXICO), Silvia Rossi (Univ. N ^{al} . de Tucumán, ARGENTINA), Adalberto da Silva (Univ. Estadual Paulista, Sao Paulo, BRASIL), Carlos Soberanis (Univ. Francisco Marroquín, Guatemala, GUATEMALA), Carlos A. Torres (Univ. N ^{al} . de Colombia, Bogotá, COLOMBIA), Carlos F. Valverde (Univ. Iberoamericana de Puebla, MÉXICO), Paz Walker (Univ. de la Serena, Santiago de Chile, CHILE), Fernando N. Winfield (Univ. Veracruzana, Xalapa, MÉXICO)

Maquetación: Antonio Jesús Antequera Delgado: ciur.urbanismo.arquitectura@upm.es

Distribución: Maireia Libros: distribucion@maireia-libros.com

© COPYRIGHT 2012

ÁLVARO SEVILLA BUITRAGO

I.S.S.N. (edición impresa): 1886-6654

I.S.S.N. (edición digital): 2174-5099

Año V, Núm. 80, enero-febrero 2012, 66 págs.

Edita: Instituto Juan de Herrera

Imprime: FASTER, San Francisco de Sales 1, Madrid

DESCRIPTORES:

Urbanismo / Reproducción social / Multitud / Desposesión / Historia de la planificación / Filosofía de la historia social / Espacio social

KEY WORDS:

Urbanism / Social reproduction / Multitude / Dispossession / Planning history / Philosophy of social history / social space

RESUMEN:

La historiografía ha presentado tradicionalmente la planificación urbana como una técnica progresista que, nacida en el contexto de los reformismos del siglo XIX, tiene por objeto principal la mejora de la calidad de vida a través del tratamiento del espacio urbano y la ordenación del territorio. Sin embargo un estudio detallado de la articulación histórica entre planificación urbana, economía política de la producción de espacio y dinámicas de evolución y cambio de las formaciones sociales revela un escenario muy distinto. Este trabajo sintetiza los planteamientos de la tesis *Urbanismo y reproducción social. La planificación territorial de la multitud*. A través de una serie de estudios de caso, esta investigación presentó la planificación urbana y territorial como un dispositivo gubernamental encargado de regular espacialmente la reproducción social de las clases subalternas en beneficio de los bloques hegemónicos. Prestando especial atención al efecto de la planificación sobre la vida cotidiana y a través de una historiografía social reflexiva y crítica, se muestra cómo la multitud fue paulatinamente desposeída de recursos materiales, capitales sociales y representaciones colectivas a medida que sus prácticas cotidianas fueron reescritas, recodificadas, reterritorializadas.

ABSTRACT:

Historians have traditionally pictured town planning as a progressive technique. Born in the context of nineteenth-century reformist policies, its aim would have been to improve the quality of life through the regulation of urban development and the urban fabric. However a close study of the relationship between town planning, the politics of space and the dynamics of evolution and change of social formations reveals a very different scenario. This work summarizes the main findings of the PhD thesis *Urbanism and social reproduction. The territorial planning of the multitude*. Through a series of historical case studies, this research showed how town and regional planning evolved to become a governmental *dispositif* in charge of the spatial regulation of social reproduction. Paying special attention to the effect of planning over everyday life and subaltern classes, and deploying a critical, reflexive social historiography, the thesis described how the multitude was dispossessed of material resources, social capitals and collective imaginaries as its practices were spatially re-written, re-coded, re-territorialised.

*"Una ciudad es más que un lugar en el espacio,
es un drama en el tiempo."*

Patrick Geddes

CONSULTA DE NÚMEROS ANTERIORES / ACCESS TO PREVIOUS WORKS:

La presente publicación se puede consultar en color en formato pdf en la dirección:

This document is available in pdf format and full colour in the following web page:

<http://www.aq.upm.es/Departamentos/Urbanismo/publicaciones/ciurnumeros.html>

ÍNDICE

Prefacio	06
1 Introducción y exposición de motivos	07
1.1 Las tribulaciones del planificador urbano.....	07
1.2 Contenidos del presente trabajo	08
Primera parte. Urbanismo y cambio social: una primera aproximación al problema	
2 Evolución y reproducción social.....	10
3 El papel del espacio y el territorio.....	13
4 Casos estudiados: territorio, cambio social y sistema-mundo capitalista.....	15
Segunda parte. Historia y espacio: adoptando una posición reflexiva	
5 Reconstruyendo la tradición de los oprimidos: elementos para una historiografía del urbanismo alternativa.....	19
5.1 Contra la historial total.....	19
5.2 La práctica historiográfica como producción de sentido	20
5.3 Tropos del discurso historiográfico.....	22
5.4 Hacia una historia general.....	24
6 Situando los espacios de dispersión en la investigación de la reproducción social	25
6.1 Reproducción social	25
6.2 Práctica y vida cotidiana.....	29
6.3 Experiencia.....	31
6.4 Multitud.....	35
7 Espacio, territorio social.....	39
Tercera parte. Síntesis de la investigación	
8 Mapa de la investigación.....	45
8.1 <i>A curse upon the land: enclosure</i> y tierras comunales en la transición inglesa del feudalismo al capitalismo	46
8.2 La reforma y la furia: Manhattan, los barrios populares y el nacimiento de la planificación orgánica en el siglo XIX.....	48
8.3 <i>Gemeinschaft / Community</i> : la construcción de la <i>Ciudad Normal</i> en Alemania y EE.UU. entre las grandes depresiones del XIX y el XX.....	51
9 Epílogo	55
10 Bibliografía.....	57

PREFACIO

Este trabajo constituye una reelaboración de la introducción a la tesis doctoral *Urbanismo y reproducción social. La planificación territorial de la multitud*. La amplitud y carácter de ésta —un extenso estudio historiográfico formado por tres amplios episodios dedicados a espacios y tiempos muy heterogéneos— desaconsejaban el intento de trasladar íntegramente su estructura al marco de los Cuadernos de Investigación Urbanística. La naturaleza de la indagación hubiera hecho demasiado prolijo el más breve de los resúmenes generales — el lector descubrirá pronto el porqué. Asimismo parte de los resultados detallados de los estudios de caso tratados en la tesis ha aparecido ya en forma de artículos en diversas publicaciones¹ y confío en que en un futuro cercano verán la luz algunos de sus hallazgos más reveladores en el mismo formato, apropiado por su brevedad y especialización a las microhistorias que conformaban el texto original.

Toda investigación urbanística debería aspirar no sólo a describir éste o aquel aspecto de la realidad, a observar o desvelar un determinado fenómeno, sino también a interrogar nuestras propias formas de observación y comprensión, a replantear los límites de lo posible y lo pensable desde la disciplina y en los campos sobre los que ésta se proyecta. De lo contrario nuestros saberes estarían perdidos y pronto cederían su rol en favor de prácticas más reflexivas y responsables. Espero que la sección de la tesis aquí publicada contribuya a ese empeño. En ella el lector encontrará un compendio global del planteamiento y metodología de la investigación original, acompañado por una exploración de criterios y filosofías de la investigación historiográfica y la ejemplificación de una serie de campos ciegos de los estudios urbanos que debemos recuperar para restituir a éstos su potencial emancipador. El texto se cierra con un breve resumen de los períodos, lugares y procesos analizados en la tesis, propuestos aquí —como por otra parte se hacía con la propia tesis en relación al conjunto de la historia social de la planificación— como una invitación a la exploración de dimensiones y momentos alternativos en la génesis de nuestra disciplina.

La tesis en su versión original y la sección aquí publicada con pequeñas variaciones hubiera sido muy distinta sin la ayuda e intuiciones de mis compañeros en el Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio de la Universidad Politécnica de Madrid y, especialmente, de mi director de tesis, Fernando Roch. A ellas cabría añadir los consejos y observaciones de los miembros del tribunal que juzgó el trabajo —además de José Fariña y Agustín Hernández de la ETSAM, Horacio Capel (Universidad de Barcelona) y Alfonso Álvarez y María Castrillo (Universidad de Valladolid)— y de los nuevos encuentros que han cruzado por mi vida desde entonces, especialmente los profesores Stuart Elden, Jean-Pierre Garnier, Derek Gregory, Simon Gunn y José Luis Oyón. Mi familia y, sobre todo, Adela fueron siempre el espacio de aliento desde el que saltar a las arenas del pasado. Desde allí, fueron nuestros «antepasados oprimidos» los que interpelaron permanentemente al investigador a ampliar el horizonte del trabajo hasta hacerles un mínimo de justicia.

¹ Ver Sevilla Buitrago (2002; 2004; 2008; 2010a; 2010b, 2011); Elden et al. (2011).

1 INTRODUCCIÓN Y EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

1.1 Las tribulaciones del planificador urbano

El presente trabajo de investigación nació de un archipiélago de incertidumbres y una demanda crucial y acuciante. Aunque su carácter —como el de la tesis doctoral que introducía— es fundamentalmente académico, su motivación surge de una carencia sumamente pragmática: la del ejercicio de una práctica profesional —la planificación urbana y territorial— plagada de lagunas intelectuales y cada vez más inconsciente de sus raíces técnicas, discursivas y sociales.

El urbanismo y el planeamiento ofrecen la oportunidad de enfrentarse a esos «*magníficos y miserables*»² entramados que son las ciudades y los territorios, soportes y productos en los que el espacio penetra la constitución de la vida social, generando un vasto mapa poblado de conflictos y prácticas a través de los cuales el ser colectivo se ofrece a ser pensado. Las generaciones de planificadores inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial pudieron disfrutar de ese privilegio haciendo uso de técnicas y métodos que gozaban de una cierta estabilidad — por lo demás, completamente ilusoria. Sin embargo, las vicisitudes históricas de nuestra disciplina han reservado a los profesionales de las últimas décadas un marco de trabajo completamente distinto, caracterizado por una creciente precariedad tanto en el plano institucional como en el específicamente gnoseológico. De este modo, el que hoy inicia su dedicación al campo de la planificación urbana ha de medirse con la tradicional responsabilidad de resolución de las contradicciones sociales en el territorio en el seno de una encrucijada de fuerzas que aspiran tanto a la subordinación de la disciplina a dictados meramente económicos como a su simple y definitiva desaparición, amparándose en un discurso que deslegitima el papel y alcance de las viejas técnicas urbanísticas y pone en duda su capacidad para responder a los problemas actuales. En todo caso este desafío —algunos de cuyos argumentos son, a su vez, añejos— no afectaría gravemente a la disciplina de no ser porque ésta, emplazada a declarar en la arena de las inquietudes y representaciones sociales y teóricas de la diáspora postmoderna, ha interiorizado la crítica y comenzado la deconstrucción de su legado, entregándose en algunos casos a apresuradas asunciones de culpabilidad a medida que se abrían las arcanas cajas de Pandora de nuestras técnicas, mostrando su lado oscuro (Yiftachel, 1998).

En definitiva, parece natural que en este suelo quebradizo se formule espontáneamente toda una serie de interrogantes. ¿Es la planificación urbana una práctica ligada a las necesidades específicas de una determinada fase histórica del capitalismo y, por lo tanto, destinada a desaparecer con ésta? ¿Se trata, por el contrario, de una emergencia evolutiva, un principio de organización preciso tras la superación de determinados niveles de complejidad social y en consecuencia ha de ser considerada un dispositivo imprescindible en los aparatos institucionales a partir de un momento histórico concreto? En esta divisoria, ¿qué papel juegan dichas

² Los epítetos son, por supuesto, de Pier Paolo Pasolini en su emocionante y urbano *Il pianto della scavatrice*, incluido en la colección de 1957 *Le ceneri di Gramsci*. La estrofa completa dice así: «*Stupenda e misera / città che mi hai fatto fare / esperienza di quella vita / ignota: fino a farmi scoprire / ciò che, in ognuno, era il mondo*». Hay traducción española en Pasolini (1985:107).

técnicas en la evolución y regulación de esos sistemas sociales complejos? ¿A qué nivel se articulan con las distintas instancias y procesos de dichas formaciones? ¿Permanecen esos niveles activos en la actualidad y siguen demandando medidas de intervención o pueden considerarse etapas superadas, ya reguladas y vaciadas de su sustancia conflictiva, completamente subsumidas en las formas de gobierno contemporáneas y por tanto con una presencia marginal en su particular mapa de contradicciones? En síntesis, el planificador se detiene a plantearse si su disciplina, tal y como la hemos conocido hasta ahora, perdurará o no y bajo qué formas se desarrollará o extinguirá. En nuestra opinión, que esta angustiosa demora resulte o no fructífera dependerá del rigor y valor con que nos enfrentemos a una última cuestión, aún pendiente de resolver: ¿cuál es el lugar social de la planificación urbana?

Así pues, explorar la *función social de nuestras técnicas*, 'desvelar' o 'construir' su sentido: en este punto es indiferente que adoptemos respectivamente una perspectiva moderna o postmoderna en nuestra exégesis. Lo crucial es que sepamos aprovechar la oportunidad de la investigación para enfrentarnos al reto con el que la academia debería medirse perennemente: «*multiplicar los recursos comunicativos que la gente tiene a su disposición*» (Thrift, 1996: xi), proporcionar salidas significantes a las contradicciones de nuestro tiempo en beneficio de la colectividad. A dicho fin se consagra este texto y la tesis doctoral que introducía. Ambos constituyen apenas un prólogo a la tarea más amplia de escribir una *historia social de la planificación* que nos permita comprender globalmente las articulaciones entre planificación urbana y economía política de la producción de espacio, por un lado, y entre ésta y las dinámicas de evolución y reproducción de la formación social, por otro.

1.2 Contenidos del presente trabajo

El texto que sigue tiene una estructura peculiar, que merece la pena detallar previamente para una mejor orientación. La primera parte, formada por los capítulos segundo, tercero y cuarto, trata de responder de forma sintética al problema ya enunciado, a saber, la identificación de una pauta evolutiva para el estudio del cambio social y el papel que la dimensión espacial y territorial —y, en última instancia, las técnicas que regulan ambos procesos— juegan en el mismo. Realizamos esta aproximación a través de una serie de pasos heurísticos que permiten trazar de forma cada vez más definida los principales rasgos de estas dinámicas. En el capítulo segundo partimos de las notas evolutivas en el clásico pasaje del Prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* y las trasladamos a un terreno que en Marx siempre ocupó un segundo plano —el de la vida cotidiana— para después interrogarnos sobre el papel de las relaciones de reproducción en los procesos de cambio social. Desde este punto se adivina ya la presencia de economías políticas que han operado históricamente como instituciones de acompañamiento para la regulación y adecuación de dichas relaciones a las necesidades e intereses de las nuevas hegemonías en formación. Dicha tarea ha cristalizado en dispositivos técnico-discursivos específicos y uno de ellos, clave en muchos sentidos, ha sido el de las técnicas de regulación territorial. En el tercer capítulo el espacio aparece como soporte y materia de las relaciones de

reproducción social que se pretendía regular. Su control y, a través suyo, el de las poblaciones que lo vivían, era clave. Los casos estudiados en la tesis muestran que dicha tutela espacial ha desplegado con frecuencia un ejercicio de desposesión sobre las clases subalternas, que se vieron paulatinamente privadas de recursos materiales y capitales sociales para la autogestión del espacio colectivo y la práctica de valorización propia del trabajo social. El capítulo cuarto profundiza un poco más en el sentido en que este ejercicio de regulación y desposesión se articula a las dinámicas más amplias del sistema-mundo capitalista para explicar los motivos que nos llevaron a seleccionar los casos estudiados en la tesis. En ellos el territorio y la planificación aparecen como el plano de fricción entre las dinámicas macrohistóricas y microhistóricas, geopolíticas y biopolíticas.

La segunda parte, formada por los capítulos quinto, sexto y séptimo, rompe el hilo argumental y lo desplaza a una posición reflexiva para una primera verificación de las condiciones de posibilidad del discurso que estamos planteando. Explorando una serie de aspectos clave en filosofía de la historia, el capítulo quinto esboza los principios básicos, la sustancia de una práctica historiográfica reflexiva y socialmente operativa. Para ello se parte de las cautelas contra las historias totalizantes planteadas por Nietzsche y Foucault y se examina el rol social de las prácticas historiográficas, su conflictiva labor de producción de sentido y su *status* como discurso y relato. Para escapar de las “trampas” narrativas y políticas a las que está expuesta la historiografía, se propone la diversificación de la investigación en una serie de “espacios de dispersión” que permitan un acercamiento alternativo a nuestros objetos de estudio. El capítulo sexto se dedica a una primera exploración, en tono rigurosamente teórico, de algunos de esos espacios de dispersión, estrechamente relacionados con la dimensión de la reproducción social y su relación con los patrones de evolución socioespacial. Dichos campos se enuncian a través de una serie de conceptos —reproducción social, práctica y vida cotidiana, experiencia, multitud— que en la tesis sirvieron de marco y guía a la investigación de los distintos casos históricos tratados. Por último, el capítulo séptimo vuelve sobre el fenómeno espacial y territorial para revisar las ideas planteadas en la primera parte a la luz de la deriva discursiva elaborada en la segunda. A través de una reconceptualización de la dimensión social del espacio y las técnicas que regulan su producción, se perfila el planteamiento general deducido del estudio pormenorizado de los casos incluidos en la tesis. La planificación espacial y territorial —en sus distintas formas y estadios históricos— constituye un dispositivo gubernamental, una tecnología integrada en el aparato institucional responsable de la regulación de la reproducción social. A través de una constelación de saberes y herramientas, su rol histórico ha sido el desencadenamiento de ciclos de desterritorialización/reterritorialización para la producción de formaciones socioespaciales gobernables, legibles y fáciles de administrar por las nuevas agencias de poder. Dicha labor se ha operado en el tiempo a través de un ejercicio de desposesión de recursos materiales, capitales sociales y destrezas políticas, bien de forma abiertamente agresiva, bien, con mucha más frecuencia, mediante mecanismos gubernamentales embebidos en proyectos de mejora ambiental y social más amplios. Por último, la tercera parte realiza un breve resumen de los tres estudios de caso investigados, mostrando los principales hallazgos en estos espacios históricos y el modo en que sugirieron la hipótesis general que terminó dando forma a la tesis doctoral.

PRIMERA PARTE. URBANISMO Y CAMBIO SOCIAL: UNA PRIMERA APROXIMACIÓN AL PROBLEMA

2 EVOLUCIÓN Y REPRODUCCIÓN SOCIAL

Desde luego la voluntad de leer la evolución de la planificación urbana y las formaciones espaciales en el contexto más amplio de la evolución social o, más específicamente, de identificar su papel en las dinámicas de cambio social, imprime a la investigación un giro que dista de facilitar el análisis. En las últimas décadas, el paisaje epistemológico legado por las ciencias sociales en sus esfuerzos por explorar dichas dinámicas es más rico que el producido por los estudios urbanos dedicados a analizar los procesos de planificación, pero también más irregular y accidentado. Pensemos, sin ir más lejos, en la extraordinaria proliferación de actitudes y narrativas que han seguido al denominado *giro espacial* en las ciencias sociales y su limitada repercusión en lo que podríamos llamar, a falta de una denominación más precisa, *teoría de la planificación*. En este punto de incertidumbre resulta útil buscar un suelo firme, por mínimo y precario que resulte. El consenso acerca de los patrones básicos de evolución social generado por una tradición teórica, la del *materialismo histórico* —por lo demás aficionada al disenso y la discordia— puede funcionar como plataforma inicial para la indagación, a modo de denominador común de toda una ramificación de escuelas y desarrollos que, posteriormente, contribuirán a complejizar y diferenciar las hipótesis preliminares. Comencemos pues por un pasaje clásico y básico, que el propio Marx sometería a revisión y desarrollo posterior, incluido en el Prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* publicada en 1859:

«En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. [...] Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desarrollado hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. [...] Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las

condiciones materiales para su existencia se hayan incubado en el seno de la propia sociedad precedente. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización» (Marx, 1859:s.p.).

Olvidemos los ríos de tinta escritos al hilo de este fragmento, centrados en la interpretación de la constitución y relaciones entre las instancias de base y superestructura, del grado de determinación de las fuerzas productivas, los modos de articulación con las relaciones producción y la autonomía relativa de los factores ideológicos, etc. Todo eso es relativamente secundario para nuestros intereses³. El valor de esta iluminación marxiana reside, por el contrario, en su capacidad sintética para identificar un *patrón de evolución social*, aunque sea con carácter esquemático y en un sentido de *grand récit* que nosotros, como veremos más adelante, deseamos precarizar. En su particular lógica dialéctica, los procesos de cambio social son desencadenados por las contradicciones y desfases surgidos entre los distintos campos y agentes de la estructura económica, conduciendo a una superación de los mismos con la reagrupación y acoplamiento en un nuevo *modo de producción* —o una sub-fase concreta del mismo—, en torno al cual se articulará la forma social en gestación en el naciente estadio histórico. Pero con este proceso se soluciona *sólo una parte* del problema, la de la *dimensión estructural* de la transformación, correspondiente a las *instancias productivas* — fuerzas y relaciones de producción. De hecho este pasaje central en la tradición marxiana casi nos interesa más por sus ausencias, por los vacíos y resistencias embebidos en el sistema y que le otorgan, inadvertidamente, solidez.

En efecto, el conjunto de *relaciones de reproducción* de la formación social, o una parte sustancial de las mismas, puede quedar relativamente libre de afección en ese intervalo, lo cual resulta fatal para los intereses de los agentes al frente del modelo emergente. Como el propio Marx señala, las condiciones materiales para la existencia de este nuevo modo de producción se incuban «*en el seno de la sociedad precedente*», en la que está obligado a medrar. Para su consolidación plena será necesario que produzca las condiciones de su propia subsistencia, a costa de los patrones de reproducción social del viejo orden. Entre estos últimos se incluyen las instancias «*jurídicas, políticas, religiosas, artísticas y filosóficas*», las formas de conciencia e ideologías de los hombres, pero también y sobre todo —si atendemos al marxismo posterior— los propios hábitos de vida cotidiana y las relaciones sociales que en ella se despliegan, los modos de consumo, reposición, comunicación y organización social a través de los cuales se reproduce la fuerza de trabajo, las imágenes que ésta se hace del mundo y las identidades y subjetividades construidas a su alrededor. Se trata, en definitiva, de estructuras de comportamiento y sentimiento (Williams, 1973), de *habitus* (Bourdieu, 2000), en las que el sedimento de la costumbre y la tradición es poderoso y en cuyo cuerpo las estrategias de los bloques que lideran el proceso de cambio no pueden operar directamente: «*[d]e formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas*»... Estas contradicciones de partida son especialmente agudas en un sistema como el capitalista, en el que dicho liderazgo se funda en un predominio

³ Para una exploración exhaustiva de la teoría contenida en este pasaje puede seguir consultándose el clásico del marxismo analítico, Cohen (1986).

económico que carece inicialmente de dispositivos políticos y culturales y que habrá de medirse a una formación social plagada de pautas de reproducción ajenas al mercado, impermeables a la mecánica de la ley del valor. En el seno de éstas, en suma, las afiladas aristas de la mecánica de acumulación podían ser rápidamente erosionadas.

Para evitarlo, el capitalismo tuvo que otorgarse una *economía política*, penetrar las redes de poder formal y adueñarse de sus estructuras, construir nuevos aparatos de gobierno del cambio social y articularlos en un *núcleo institucional directivo* (Habermas, 1985) específico. A partir de aquí es necesario sofisticar nuestras coordenadas de lectura, completando a Marx con los marxistas que desarrollaron su noción de la función del Estado —excesivamente mecánica, sobre todo en textos de “combate” como el *Manifiesto*— y ampliarla a otros territorios teóricos para comprender la proliferación de las formas de poder más allá de las instituciones públicas. En la tesis que el presente trabajo resume nos servimos para este fin de la ayuda de la teoría regulacionista —especialmente en su versión clásica, la formada por la trinidad de Michel Aglietta (1979), Alain Lipietz (1979) y Robert Boyer (1992)— y el sesgo diseminador de Michel Foucault, tanto en su atención inicial a las tecnologías espaciales de disciplina y gobierno de la población (1983) como en sus posteriores indagaciones, en las que aquéllas se integran y condensan en torno a regímenes de *gubernamentalidad*, nuevas racionalidades dotadas de una lógica consciente y estructurada de gobierno para la ‘*conducta de la conducta*’ de los ciudadanos (Foucault, 2008, 2009).

Así pues, desde esas nuevas plataformas gubernamentales se desplegarían formas de regulación de esas dimensiones sociales resistentes, inicialmente fuera de su alcance, subsumiéndolas de forma paulatina en la órbita de la ley del valor y reduciéndolas a la lógica de la mercancía; los patrones de existencia individual y colectiva, los modos de vida, se ajustaban así poco a poco a las necesidades de la estructura económica en formación. La racionalización que caracterizaba los nuevos procesos de producción se extendía entonces a la esfera de la reproducción, se consolidaba como *racionalización de las relaciones sociales* en el corazón de las prácticas de esas nuevas instituciones, a medida que éstas proyectaban sobre el cuerpo de la población los cambios ideados por los sucesivos bloques hegemónicos para la consecución de un entorno social propicio a sus intereses. El capitalismo encontraría de esta manera, a través del consumo paulatino de ese entorno no capitalista inicialmente hostil, tanto una solución para su supervivencia como una oportunidad para la acumulación, según una lógica sistémica que habría de hacerse constitutiva en su evolución, a medida que en sus procesos de reproducción ampliada recurría una y otra vez a ese patrón dual de *acumulación por desposesión*⁴ (Luxemburg, 1978).

⁴ Es preciso advertir que no estamos aquí ante un proceso meramente inaugural o desplegado de una vez y para siempre. Volvemos a encontrarlo, con distinta intensidad, en cada nueva fase histórica y regional del capitalismo, cada vez que alteraciones sucesivas en las distintas instancias del sistema social terminan por reestructurarlo en profundidad. Se trata de una dinámica agravada por la lógica de expansión constante implícita en la acumulación de capital y que nos permite identificar episodios concretos y construir una taxonomía, también, desde el punto de vista de la evolución de las técnicas de regulación socioespacial.

3 EL PAPEL DEL ESPACIO Y EL TERRITORIO

A pesar de la complejidad relativa de este esquema evolutivo, es preciso advertir su condición de mero esbozo, aunque a este nivel puede servirnos a modo de punto de partida que, como veremos, habrá de desdoblarse sus contradicciones a medida que profundicemos en él. Desde luego se trata de un proceso largo —para muchos historiadores aún no consumado en absoluto— y con múltiples facetas. Entre ellas ocupa un lugar central la correspondiente a la *dimensión espacial y territorial del cambio social*, una de las manifestaciones fundamentales de ese conflicto evolutivo que hemos delineado. Los procesos emergentes en cada nueva fase se han *localizado* en estructuras urbanas y territoriales históricas, a menudo inapropiadas por su adecuación a lógicas de formas de vida y organizaciones sociales pretéritas y obsoletas.

En su construirse *contra* estas lógicas, el modo de producción emergente habrá de construirse asimismo *contra* los espacios y tiempos que las soportan y materializan en una *formación territorial* concreta. Este proceso manifiesta la estrecha dualidad y codeterminación de lo espacial y lo social y puede leerse en dos niveles empíricamente diferenciados. En primer lugar, el más evidente y habitualmente referido en las historias del urbanismo, la necesidad de encontrar espacios propios para la nueva *estructura productiva* (regiones cercanas a las materias primas y redes de infraestructuras para su transporte y el de las mercancías producidas, lugares donde se concentre el ejército de reserva de fuerza de trabajo necesario para mantener la continuidad de la producción y un régimen salarial de perfil bajo, enclaves de localización de los centros directivos, ámbitos para el despliegue del propio proceso urbanizador, etc.).

En segundo lugar y con más importancia si cabe, la necesidad y oportunidad de intervenir el territorio en su condición de *soporte y materialización espacio-temporal de las dinámicas de reproducción social*, con el fin de suprimir las contradicciones derivadas de la misma. El conjunto de la formación social y especialmente la multitud de las clases populares constituían, por el mero hecho de *existir según las prácticas específicas de tiempos y espacios precedentes*, obstáculos continuamente renovados, con una pauta de reproducción de las relaciones sociales propia y de complejidad insalvable para los rudimentarios mecanismos de gobierno territorial con los que cuentan inicialmente los bloques sociales en ascenso: los modos de vida rural y urbano en los territorios precapitalistas y, después, el de las sucesivas oleadas de migrantes que caracterizan la explosión demográfica de las ciudades industriales y desencadenan la aparición de nuevas conductas, hábitos y modelos sociales (familiares, comunitarios, lúdicos, consuntivos, etc.) concentrados en espacios que escapan al control de la administración, las repercusiones del desplazamiento de clase de la ciudadanía histórica a medida que las nuevas formas de trabajo emergen como fallas en el tejido social pretérito... Por tanto, todo un espectro de conflicto, constantemente reproducido y ampliado por las contradicciones inherentes a un nuevo régimen económico que, careciendo de herramientas de intervención efectivas, se ve obligado a anidar en ese espacio ajeno —del mismo modo que en principio se nutre y articula con los modos de producción precedentes (Lipietz, 1979) —, a la espera de la oportunidad para modelarlo según sus propios intereses. En consecuencia, el territorio que da soporte

a esas prácticas espaciales y temporales va a convertirse en un campo de batalla tanto para la lucha de clases como para la colisión de órdenes sociales antagónicos, modos contradictorios de reproducción de las relaciones sociales, de las condiciones de existencia, de la vida cotidiana.

El bloque en ascenso a la hegemonía social descubrirá pronto la autonomía relativa de esos territorios respecto a las dinámicas de mercado y las limitaciones de las armas económicas en su concurrencia a dicha pugna. En consecuencia y dada la imposibilidad de una subsunción directa del espacio en la ley del valor (Lipietz, 1979:15), será preciso, como enunciamos con carácter general en los párrafos anteriores, habilitar dispositivos específicos de mediación para el gobierno del espacio. La *racionalidad espacial moderna* (Huxley, 2006), las técnicas urbanísticas que la acompañan y su posterior articulación en modelos de planificación integral surgirán entonces como saberes orgánicos, el aparato institucional encargado de transformar el territorio para la superación de los conflictos sociales a los que éste daba soporte espacio-temporal, contribuyendo así a la consecución de un nuevo orden en cuyas coordenadas las prácticas cotidianas de la multitud, la vida individual y colectiva, son reinscritas, recodificadas, reterritorializadas.

Llegados a este punto nuestro discurso ha adquirido un grado de abstracción excesivo. Sin duda la teoría corre el riesgo de devenir idealismo y la creciente complejidad de nuestras hipótesis reclama un descenso al suelo de lo concreto. En consecuencia, el imperativo que se presenta al investigador es el de regresar a la 'carne' de la historia, de los sucesos concretos, para verificar en ellos, paso a paso, el modo en que nuestra disciplina se ha integrado en los procesos materiales de producción del espacio y en la dinámica de valorización capitalista, llegando a ocupar con el paso del tiempo una posición concreta y orgánica en el espectro del trabajo social como dispositivo responsable de la regulación de la dimensión espacial de la reproducción social.

4 CASOS ESTUDIADOS: TERRITORIO, CAMBIO SOCIAL Y SISTEMA-MUNDO CAPITALISTA

De forma espontánea e inconsciente, el creciente protagonismo que en nuestra investigación tomaba la relación entre gobierno del territorio y evolución social nos dirigió hacia episodios históricos conectados por una lógica de continuidad subyacente, que sólo se haría evidente con la lenta maduración de los materiales de análisis. Hemos de confesar, sin embargo, que en su origen nuestra investigación perseguía fines muy distintos. Sospechando de los enfoques ideológicos apriorísticos, en nuestros primeros pasos habíamos aspirado a una lectura relativamente aséptica de las técnicas urbanísticas como dispositivos *neutrales* de orden sistémico. Tarea vana. A medida que profundizábamos en el estudio de los distintos episodios históricos, la constatación de la íntima articulación de las técnicas con las estrategias de ascenso a una condición hegemónica de determinados bloques sociales imprimió un giro sustancial a nuestras indagaciones.

A partir de ese momento la búsqueda se dispersa sobre la geografía de la historia social moderna y contemporánea, un universo poblado de escalas y procesos heterogéneos que se intersecaban en torno a nodos de conflicto social que parecían a su vez convertirse en el fermento para la construcción e innovación de las técnicas de intervención en el campo, en la ciudad, en el territorio. Intuitivamente, nuestra atención se posó sobre aquellos momentos históricos que concentraban dinámicas de cambio social más intensas. Como ha señalado Mike Crang al estudiar la obra de Michel de Certeau, la elección de momentos de crisis y cambio permitía «*iluminar los sistemas de representación en transformación y las prácticas a través de las cuales vemos los mundos pasados en toda su extrañeza*» (Crang, 2000:142), un matiz especialmente interesante para nuestra exploración de las vicisitudes históricas de la reproducción social. En los intersticios de estos episodios, por otra parte, se adivinaba siempre la presencia aún tenue y desdibujada de una disciplina urbanística en curso de gestación.

Tres espacios históricos, tres escalas y objetos *a priori* completamente ajenos en su naturaleza, se convirtieron en el centro de nuestros sondeos: a) la transformación del régimen de propiedad y uso de las tierras comunales en la Inglaterra rural de la transición del feudalismo al capitalismo, b) la evolución de los barrios populares en Manhattan durante la segunda mitad del siglo XIX, c) la reconfiguración de la comunidad obrera en Alemania y EE.UU. entre la Gran Depresión del último tercio del XIX y la segunda guerra mundial. A pesar de su disparidad, la mirada había caído sobre estos espacios y períodos históricos de forma natural por la densidad del que a primera vista podía parecer su único punto en común, una clara dimensión procesual y de profunda transformación en las formas de vida de la fuerza de trabajo⁵.

⁵ Desde luego es preciso advertir que estos tres casos no son únicos, aunque sí imprescindibles. El hilo de sentido que recorría nuestra investigación se planteaba y se plantea como una narración abierta que requiere e invita al desarrollo de nuevos trabajos y a la atención a otros espacios-tiempos históricos. Con todo, los ejemplos seleccionados se presentaban como los más poderosos y claros de sus respectivos períodos en su conexión de los procesos sociales, económicos y espaciales de cambio territorial.

Pero, como pronto se haría evidente, la atracción de estos episodios —poco visibles en las historias del urbanismo convencionales, a excepción del tercero y aún en este caso de modo parcial— residía en motivos aún más profundos. El nexo de los desplazamientos existenciales del cuerpo del trabajo no era, en el fondo, más que el extremo visible de una correspondencia más compleja. Desde luego, los fenómenos referidos formaban parte de un entramado de procesos coetáneos de producción del espacio más amplio, que recorría transversalmente todas las dimensiones de sus respectivos momentos históricos:

- a) En el primer caso, la formación de una nueva jerarquía territorial en Inglaterra, con el declive de las ciudades gremiales, el despegue de las grandes explotaciones de agricultura “mejorada” de la *gentry* y los enclaves rurales de producción doméstica asociados a la primera manufactura como espacios emergentes de la nueva economía, y la consolidación de las grandes ciudades mercantiles como sedes directivas de un mercado nacional en formación y un mercado colonial en expansión.
- b) En el segundo caso, la reconfiguración global de la división económica y social del espacio residencial de *Manhattan*, con una fuerte polarización de clase en sentido norte-sur a medida que el auge económico de la ciudad redefinía su estructura demográfica y productiva y, junto a las dinámicas de localización del tejido comercial e industrial y las políticas de creación de zonas verdes y otros servicios públicos, remodelaba su espacio social.
- c) Por último, en el tercer caso, la reformulación integral de los marcos espaciales de vida, de producción y reproducción, para el alumbramiento de un sujeto tipificado, restituyendo a la informe multitud metropolitana un principio de diferenciación que la hiciera gobernable, articulado en términos excluyentes según un patrón de desarrollo urbano desigual y normalizado, incorporado a los modernos regímenes de *welfare*.

Sin embargo, más allá de la complejidad inherente a cada uno de los episodios, existían, como señalábamos, lazos inadvertidos que los ligaban en una única estructura evolutiva. Fue al familiarizarnos con el trabajo de Giovanni Arrighi cuando descubrimos este sub-texto implícito en la elección hasta entonces aparentemente azarosa de nuestros casos. Arrighi es conocido fundamentalmente por su brillante *The Long Twentieth Century. Money, Power and the Origins of Our Times* (El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época), estación principal de un largo periplo que, partiendo de Braudel y Wallerstein, ha conducido a su autor a la formulación de una síntesis historiográfica del *sistema-mundo capitalista*. En ella, éste es periodizado en cuatro siglos largos parcialmente superpuestos, asociados a otros tantos *ciclos sistémicos de acumulación*. Con dicho concepto Arrighi designa aquellos episodios unitarios en la evolución discontinua del sistema mundo capitalista en los que se recorre una fase completa en la dinámica de transformación del capital. Trasladando a una perspectiva global el esquema marxista del ciclo de capital “DMD” (capital dinero — capital mercancía — capital dinero), Arrighi indica que los ciclos sistémicos de acumulación se abren y cierran

con períodos de expansión financiera y en su etapa intermedia presentan un período de expansión material, productiva. Así:

«Pueden identificarse cuatro ciclos sistémicos de acumulación, cada uno de ellos definido por una unidad fundamental de la agencia primaria y de la estructura de los procesos de acumulación de capital a escala mundial: un ciclo genovés, que se extendió desde el siglo XV hasta principios del siglo XVII; un ciclo holandés, que duró desde finales del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII; un ciclo británico, que abarcó la segunda mitad del siglo XVIII, todo el siglo XIX y los primeros años del siglo XX; y un ciclo americano, que comenzó a finales del siglo XIX y que ha continuado hasta la fase actual de expansión financiera» (Arrighi, 1999:19).

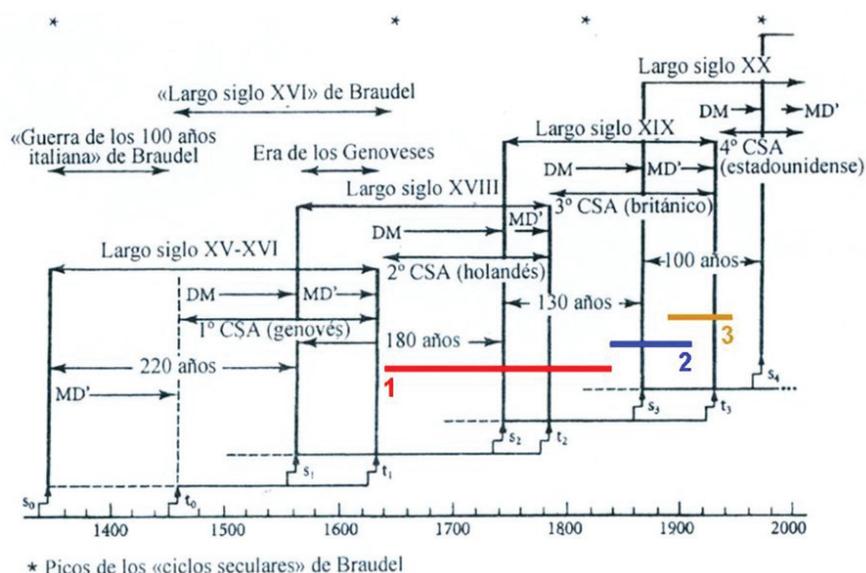


Figura 1. Siglos largos, ciclos sistémicos de acumulación y desarrollo temporal de nuestros casos de estudio (superpuestos en color al gráfico en Arrighi (1999:257); cada uno de los tramos 1, 2 y 3 corresponden a las distintas partes del presente trabajo)⁶.

Fuente: Arrighi (1999:257)

⁶ Transcribimos a continuación la descripción que Arrighi da de dicho gráfico: «La figura [...] presenta el esquema temporal que hemos adoptado en nuestra discusión de los tres primeros ciclos sistémicos de acumulación, ampliándose hasta incluir la parte del cuarto ciclo (estadounidense) que se ha materializado hasta el momento actual. La principal característica del perfil temporal del capitalismo histórico bosquejado en este estudio es la estructura similar que presentan todos los siglos largos. Todos ellos constan de tres segmentos o períodos distintos: (1) un primer período de expansión financiera (que se extiende de S_{n-1} a T_{n-1}), a lo largo del cual el nuevo régimen de acumulación se desarrolla en el interior del viejo, siendo su desarrollo un aspecto integral de la expansión global y de las contradicciones de este último; (2) un período de consolidación y posterior desarrollo del nuevo régimen de acumulación (que abarca de T_{n-1} a S_n), durante el cual sus agencias líderes promueven, controlan y se aprovechan de la expansión material de la economía-mundo en su conjunto; (3) un segundo período de expansión financiera (que va de S_n a T_n), en el curso del cual las contradicciones del régimen de acumulación totalmente desarrollado crean el espacio para la emergencia de regímenes competitivos y alternativos que agravan esas contradicciones; uno de estos se convertirá finalmente (es decir, en el momento T_n) en el nuevo régimen dominante» (Arrighi, 1999:257).

Cada ciclo sistémico de acumulación incorpora un régimen específico de hegemonía global — en manos de las naciones referidas a excepción del ciclo genovés, donde ésta corresponde al destinatario del crédito, España. En él, cada agencia logra el liderazgo internacional en base a su capacidad para superar los períodos de crisis y turbulencia sistémica desatados por el declive del modelo productivo y la consiguiente financiarización de la agencia que la precede al frente del orden mundial. Pues bien, si ubicamos nuestros casos de estudio en este esquema general vemos que, a grandes rasgos, éstos se localizan en los *períodos de preparación* de sus respectivas naciones antes del asalto a la hegemonía mundial: Inglaterra entre su Revolución y el comienzo del siglo XIX, con especial intensidad, como veremos, en la recta final de este período, antes y durante el paso de la hegemonía holandesa a la británica; EE.UU. entre mediados del XIX y principios del XX, antes y durante el declive de la hegemonía británica; y, de nuevo EE.UU. y Alemania, en un episodio más complejo y turbulento, en el que ambos países, como señala el propio Arrighi, se disputan el liderazgo entre finales del XIX y la segunda guerra mundial.

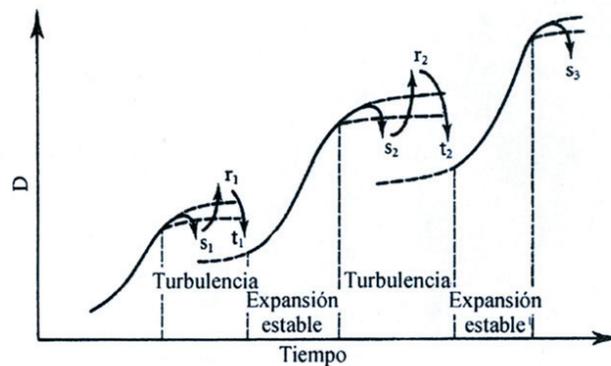


Figura 2. Modelo de metamorfosis de los ciclos sistémicos de acumulación, según Arrighi (1999:283). En un panorama general de evolución discontinua, los períodos de turbulencias de las agencias hegemónicas en declive coinciden con la formación y ascenso de la agencia que heredará el liderazgo. Estos períodos emergentes imprimen a las formaciones sociales nacionales y locales agudos procesos de cambio en los que se ubican nuestros casos de estudio.

Fuente: Arrighi (1999:283)

La hipótesis, entonces, es fácil de intuir. Los grandes procesos de reestructuración económica que exigen estas luchas por la hegemonía global fuerzan la evolución de la estructura económica nacional y ésta, a su vez, propicia la eclosión de dinámicas paralelas de cambio al nivel de la reproducción social, de la vida cotidiana, desplegándose los característicos procesos de desposesión que mencionábamos en el apartado anterior y que requerirán la concurrencia del aparato de técnicas de intervención en el cuerpo social, entre ellos la planificación urbana y territorial. En definitiva, en el cruce entre esas dos escalas opuestas, entre esos dos planos sociales, en la *intersección entre geopolítica y biopolítica*, la planificación y la ordenación del territorio encuentran el lugar de sus tareas, operando una *desposesión material y existencial en el espacio* para adaptar las formas de vida a los dictados de hegemonías que aspiran a dar el salto a un nivel de dominio superior, de lo local a lo regional y nacional, de lo nacional a lo global.

SEGUNDA PARTE. HISTORIA Y ESPACIO: ADOPTANDO UNA POSICIÓN REFLEXIVA

5 RECONSTRUYENDO LA TRADICIÓN DE LOS OPRIMIDOS: ELEMENTOS PARA UNA HISTORIOGRAFÍA DEL URBANISMO ALTERNATIVA

5.1 Contra la historia total

Se impone un alto en el camino para profundizar en la posición reflexiva que hemos sugerido ya en varios momentos y que nos obliga a interrogar las propias herramientas de investigación que estamos empleando⁷. Desde luego podríamos continuar la senda abierta por el discurso sostenido hasta aquí, desdoblado sin más miramientos una narrativa totalizante, acorazada, sin fisuras. Pero no es ese nuestro empeño; no pretendemos sustituir sin más las claves de lectura al uso por nuevos relatos monolíticos. Si queremos atrapar los pasados, entenderlos como los espacios que produjeron nuestro presente, debemos aspirar a claves de comprensión más rigurosas y complejas, no siempre complacientes ni tranquilizantes (Elden et al., 2011).

Aquí, de nuevo, el recelo frente a las construcciones holísticas y la abstracción teórica alejada de la realidad obliga a detener la marcha para volver la mirada sobre las propias herramientas de análisis que nos estamos otorgando al comenzar nuestra indagación. «*Nosotros, los que conocemos, somos desconocidos para nosotros mismos*», señalaba Nietzsche al comienzo de su *Genealogía de la moral*, abriendo las puertas a una historiografía autocrítica que ha esperado casi un siglo para dar frutos. Las páginas que siguen abren un paréntesis en nuestro hilo narrativo, en un esfuerzo por fijar una serie de medidas cautelares al discurso con el fin de paliar los efectos del *constructivismo* implícito en toda tarea investigadora. En ellas intentaremos responder, recurriendo a diversas filosofías de la historia, a preguntas clave. ¿Qué rol ha de jugar la historia y la historiografía en la comprensión y producción de nuestro presente? ¿Cuáles han de ser sus contenidos? ¿Qué métodos de escribir (la) historia debemos emplear para la realización de dicho rol?. Marx, Arrighi, dos de los referentes que hemos tomado al iniciar nuestra exposición, son buenos exponentes de esa *historia total* contra la que previno Michel Foucault en su conocido alegato contra la historiografía convencional:

«*El proyecto de una historia global [totale en el original francés] es el que trata de restituir la forma de conjunto de una civilización, el principio —material o espiritual— de una sociedad, la significación común a todos los fenómenos de un período, la ley que da cuenta de su cohesión, lo que se llama metafóricamente el 'rostro' de una época*» (Foucault, 1997:15)

Por el contrario, Nietzsche y Foucault sostienen que no hay un solo sentido para explicar un determinado pasado. Las diseminaciones postmodernas han comulgado

⁷ Slavoj Žižek (2006:30-2) sugiere que es precisamente esta pesquisa sobre las condiciones de posibilidad del conocimiento y, más concretamente, de la ciencia, la que debe atribuirse toda perspectiva filosófica desde el giro trascendental kantiano.

con esta crítica advirtiendo, frente el logocentrismo que domina y violenta sus materiales en la investigación para someterlos a un argumento global, que éstos no están ahí, en los archivos y registros, esperando la imposición de orden por la voz de su amo, que «*la totalidad de un objeto no se revelará nunca en un momento analítico; ningún diagrama será capaz de mostrarlo completamente, de una vez y para siempre*» (Copjec, 1994:8).

El propio Foucault fue baluarte —aunque no siempre firme— de un intento de construcción de alternativas frente al imperio de la historia total. A este fin responden sus formulaciones *arqueológicas* y *genealógicas*, tentativas de ruptura de la unidad discursiva convencional (Dean, 1994; Hughes-Warrington, 2008:107-116). Foucault propuso la figura metafórica del arqueólogo como responsable de una prospección del suelo del pasado en busca de fragmentos significantes que aportarían indicios de estructuras subyacentes y antagónicas a las de la historia tradicional. La toma de consciencia de la precariedad de los materiales manejados invitaría asimismo a los historiadores a guardar una postura prudente y autocrítica hacia su trabajo. Esta senda le condujo a una profunda revisión de Nietzsche. En sus genealogías este último miraba con suspicacia al discurso histórico, mostrando la deformación del pasado por las sucesivas violencias de los lenguajes institucionales que caían sobre él en épocas posteriores y haciendo chocar sus espacios entre sí para romper el monismo narrativo habitual en la coetánea escuela historicista. En manos de Foucault la fórmula nietzscheana prosigue su trabajo «*sobre sendas embrolladas, garabateadas, muchas veces reescritas*» y conserva el carácter «*meticuloso y pacientemente documentalista*» (Foucault, 1978:7) de un saber que estima «*las pequeñas verdades inaparentes, halladas con método riguroso*» (Nietzsche, 2007:44), pero se abre al mismo tiempo a un continuo desdoblamiento y diseminación de los significados. En este contexto de emancipación —o mejor dicho, de *revolución*— del significado, Foucault indica:

«*Si interpretar fuese aclarar lentamente una significación oculta en el origen, sólo la metafísica podría interpretar el devenir de la humanidad. Pero si interpretar es ampararse, por violencia o subrepticamente, de un sistema de reglas que no tiene en sí mismo significación esencial, e imponerle una dirección, plegarlo a una nueva voluntad, hacerlo entrar en otro juego [...] entonces el devenir de la humanidad es una serie de interpretaciones. [El rol de la genealogía es documentar] su historia: historia de las morales, de los ideales, de los conceptos metafísicos, historia del concepto de libertad o de la vida ascética*» (Foucault, 1978:18, traducción modificada a partir del original).

5.2 La práctica historiográfica como producción de sentido

Volvamos ahora a los *contenidos* de esa tarea central de *producción de sentido* antes de dilucidar su validez en la investigación historiográfica y cerrar definitivamente cuentas con ella⁸. Ya hemos sacado a relucir la interpretación marxiana de la deuda del presente con el pasado, una apelación a los historiadores que habría de encontrar eco en las *Tesis de filosofía de la historia* de Benjamin, donde el espectro de los antepasados oprimidos —y no la imagen de los

⁸ Ver también Sevilla (2002).

descendientes liberados— alimenta el antagonismo social. Rescatando el discurso benjaminiano de su poética mesiánica, podemos defender el papel operativo que una historiografía concebida como canal para un *retorno de lo reprimido* pueda tener en la formación y despliegue de las luchas sociales actuales y futuras⁹. La historia permite «*el regreso [...] de todo aquello que en un momento dado se ha convertido en impensable para que una nueva identidad pueda ser pensable*» (De Certeau, 2006:18), despliega una cronología que visibiliza la experiencia de las generaciones pasadas, poniendo en evidencia las distancias del presente respecto a ellas (Scott, 1999:84), muestra las prácticas pretéritas que hacen del pasado un país extraño. En definitiva, haciendo posible la comparación con formas de socialización precedentes, la historia abre una puerta a la identificación de modos de vida desconocidos, inconcebibles en la actualidad pero que, en algunos casos, apuntan a *espacios de existencia autónoma*.

Al destacar esta faceta de la historia no hacemos más que reflejar lo que con frecuencia aparece en el estudio histórico de las prácticas populares como capacidad espontánea de los grupos sociales para rebelarse o resistir en nombre de tradiciones o costumbres ancestrales *en el momento mismo de su eclipse*. En nuestra investigación esta forma de acción social se presentó con numerosos rostros, tan diversos como las propias prácticas de desposesión y resistencias que reaparecen en distintos espacios a lo largo del amplio arco temporal estudiado: de los *diggers* rurales ingleses que pretendían ocupar las tierras comunales antes de que éstas fueran privatizadas por el *enclosure* para la incipiente producción agraria capitalista, a las revueltas de las comunidades étnicas ante los intentos de americanizarlas en el Manhattan de mediados del XIX; de las micro-resistencias cotidianas de los obreros alemanes a la regulación de sus espacios de ocio y sus fiestas en la segunda mitad del XIX a las huelgas de inquilinos y los severos *riots* en los barrios negros e italianos de las principales ciudades estadounidenses, presionados por la creciente marginalización producida por las políticas de trabajo social y vivienda pública de principios del siglo XX. En esta línea, Terry Eagleton sugiere, en su estudio sobre Walter Benjamin, una nueva prioridad para la historia, señalando que «*articular el pasado no significa reconocerlo como era de verdad*» sino «*atrapar el recuerdo cuando éste aparece súbitamente en un momento de peligro*» (Eagleton, 1998:97). Motivo o excusa para legitimar el antagonismo, el pasado ha sido con frecuencia uno de los principios constituyentes de las prácticas políticas del presente, aunque a menudo esta imbricación de pasado y presente se haya manifestado en la forma burda de un sometimiento del primero a los intereses del segundo. Por supuesto, «*nuestro acceso a las cosas [del pasado] estará siempre coloreado y prefigurado por el sentido de las cosas que circulan en nuestra cultura histórica*» (Thrift, 1996:37). Pero en nuestros estudios deberíamos proceder teniendo presente el irreducible diálogo entre ambos planos, esforzándonos en trasladar esa tensión, esa dialéctica interna, al producto final:

«[La historia es] *producción de significados a partir de las "huellas significantes" de los acontecimientos, construcción analítica, nunca definitiva y siempre provisional, instrumento de deconstrucción de las realidades captadas. Como tal, la historia es determinada y determinante: es determinada por sus mismas*

⁹ Pero, por supuesto, cabe recordar aquí las advertencias que Manfredo Tafuri (1997) formulara en su clásico *Teorie e storia dell'architettura* contra la apropiación indebida del pasado.

tradiciones, por los objetos que analiza, por los métodos que adopta; y determina las transformaciones de sí misma y de lo real que deconstruye» (Tafari, 1984:7).

En definitiva, al absorber los lenguajes de los agentes e instituciones que conforman lo real y al proyectar sobre los mismos su propio lenguaje, la historia deviene *agente de producción de realidad*. Como conformadora de la imagen colectiva del pasado, adquiere una *dimensión política*. Aludiendo de nuevo a Benjamin, Eagleton señala que:

«La característica de un encuentro dialéctico con la historia es que renuncia a una actitud serena y contemplativa respecto a su objeto para ser consciente de la constelación decisiva en la cual este fragmento concreto del pasado se encuentra junto a este presente en particular (Benjamin, 1979:351). Por tanto, la historia no es simplemente una construcción teórica, sino también política» (Eagleton, 1998:96)

En esa encrucijada la historia corre el riesgo de ver su mensaje atrapado en la órbita de la hegemonía social, indefensa ante la envergadura de los lenguajes que ésta construye, de sus mediaciones manipuladoras. La historia puede pasar a formar parte de un *proyecto de dominio* — con frecuencia, de hecho, lo hace. Para contrarrestar esta dinámica se hace necesario desplazar la dimensión antagonista al propio nivel de la práctica historiográfica, de la producción de sentido. Si las huellas del pasado son fragmentarias, significantes interrumpidos pero abiertos a la germinación del sentido a partir de los significados que sobre ellos proyecta cada época, la labor de interpretación incesante referida por Foucault se hace imperativa. Al constatar este momento en su práctica, el historiador pisa suelo cenagoso; su relato corre el riesgo de ahogarse en las arenas movedizas de la ideología. A pesar de todo, es necesario transitar este pasaje, tomar partido: como advirtiera el historiador radical Howard Zinn (2011), nadie puede ser neutral en un tren en marcha.

Por supuesto estas solicitaciones desposeen definitivamente al historiador de su autoridad de juez absoluto, lo hacen descender al plano de un espacio social específico. Se suscita, de nuevo, la vieja cuestión de *El autor como productor*: no importa tanto la *actitud* que el trabajo intelectual adopta *respecto de* las relaciones de producción, sino la *posición* del mismo *en éstas* (Benjamin, 1975:119). Lo crucial, en fin, es el lugar que ocupa la historia y el historiador en la encrucijada de relaciones de fuerzas que conforman lo real, si éste está dispuesto a entregarse en sus afanes a una *reconstrucción de la tradición de los oprimidos*.

5.3 Tropos del discurso historiográfico

Desde esta perspectiva podemos dar una respuesta final a la cuestión central de la producción de sentido, a la cual nos hemos aproximado hasta ahora de forma parcial. En sus contribuciones a la filosofía de la historia, Hayden White ha trabajado este campo de modo original y polémico (White, 1975; 1990; 2003). White ha cruzado diversas estructuras categoriales (estructuras narrativas, argumentales, ideológicas y trópicas) concebidas a modo de convenciones gnoseológicas y comunicativas que aparecen y se articulan en todo relato histórico. Empleamos el

término 'relato' de modo premeditado, pues el objetivo del autor es, precisamente, equiparar historiografía y literatura en tanto construcciones narrativas, alejando de este modo a la primera del campo de la ciencia e incorporándola al de la estética:

«Como un discurso acerca de las cosas ya no perceptibles, la historiografía debe construir, entendiendo por ello imaginar y conceptualizar, sus objetos de interés antes de poder proceder a aplicarles los tipos de procedimientos que desea usar para explicarlos o comprenderlos. Existen muy buenas razones por las que la historia nunca ha sido convertida en una ciencia — sin perder su identidad como historia. Esto se debe a que las figuras y los giros discursivos (tropos), más imaginarios que conceptuales, son necesarios para la constitución de los objetos de interés de la historia como posibles temas de una representación específicamente historiológica» (White, 2003:44-5)

La tropología, entonces, es *«la comprensión teórica del discurso imaginativo, de todas las formas por las cuales los diversos tipos de figuraciones (tales como la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía) producen los tipos de imágenes y conexiones entre imágenes capaces de desempeñarse como señales de una realidad que sólo puede ser imaginada, más que percibida directamente»* (White, 2003:45). Así, el trabajo de White se convierte en un diagrama para la comprensión de la lógica subyacente a la producción del discurso historiográfico:

«Las operaciones por las cuales un conjunto de acontecimientos es transformado en una serie, la serie en una secuencia, la secuencia en una crónica y la crónica en una narrativización, esas operaciones, sostengo, se comprenden más provechosamente si se consideran, más que de un tipo lógico, de un tipo tropológico» (White, 2003:46)

En definitiva: *«En sus investigaciones, los historiadores tratan típicamente de determinar no sólo "lo que ocurrió" sino el "significado" de este acontecer, no únicamente para los agentes pasados de los acontecimientos históricos, sino también para los subsecuentes. Y la principal forma por la que se impone el significado a los acontecimientos históricos es a través de la narrativización. La escritura histórica es un medio de producción de significado»* (White, 2003:51).

Aceptando en parte las cautelas de la legión de críticas¹⁰ suscitadas por el trabajo de White sin renunciar a sus hallazgos, podemos aceptar una perspectiva tropológica naturalizada en el nudo político al que antes nos referíamos. Nuestra apuesta, pues, es concebir la historiografía como uno de los recursos comunicativos y constituyentes de las contrahegemonías aún por nacer, a modo de laboratorio para los significados que habrán de nutrir las alianzas resistentes del futuro. Es en esta perspectiva que optamos por la benjaminiana 'historia de escombrera' como pura necesidad contextual. Porque el antagonismo, al menos en la historia de la ciudad y el urbanismo, no tiene quien le escriba.

¹⁰ White ha recibido críticas a partes iguales desde los distintos flancos del espectro político de la academia. Desde la izquierda radical, Fredric Jameson ha alabado su trabajo, advirtiendo sin embargo que para aquellos que, como los marxistas, aún *«creen en el referente»*, la polémica suscitada por White no es sólo *«la del relativismo frente a una forma de convicción absoluta»* sino, también, la de la *«validez del análisis narrativo»*, arrastrando en todo caso consigo una *«gran ansiedad acerca del status de una realidad histórica sobre la cual deseáramos coincidir en que su historiografía 'no es más que' una narración, un texto»* (Jameson, 1976:9).

5.4 Hacia una historia general

Una vez dilucidado el papel político de nuestra práctica historiográfica y su contenido, ¿qué *modos de hacer* debemos seguir para acercarla a sus fines antagonistas? La tercera plataforma que Foucault propone para sustituir las malas prácticas de la *historia total* es la de la *historia general*. Aquí la atención a la naturaleza fragmentaria de la historia presente en la arqueología y la genealogía da paso a una vocación metodológica más amplia, que permitiría reagrupar los 'fósiles' y 'rastros' de razón hallados por estas técnicas, haciéndolos dialogar:

«El problema que se plantea entonces —y que define la tarea de una historia general— es el de determinar qué forma de relación puede ser legítimamente descrita entre esas distintas series; qué sistema vertical son capaces de formar; cuál es, de unas a otras, el juego de las correlaciones y de las dominantes; qué efecto pueden tener los desfases, las temporalidades diferentes, las distintas remanencias; en qué conjuntos distintos pueden figurar simultáneamente ciertos elementos; en una palabra, no sólo qué series sino qué "series de series", o en otros términos, qué "cuadros" es posible constituir. Una descripción global apiña todos los fenómenos en torno de un centro único: principio, significación, espíritu, visión del mundo, forma de conjunto. Una historia general desplegaría, por el contrario, el espacio de una dispersión» (Foucault, 1997:16).

Chris Philo ha identificado la materialización más elaborada de esta propuesta en el estudio que Foucault desarrolla en torno a la figura del escritor Raymond Roussel y, en concreto, su poema *La Vue*, repleto de meticulosas descripciones de hechos aparentemente intrascendentes, relatados no de acuerdo a un orden narrativo, sino según un orden topológico (Philo, 2000:213). La atracción por este tipo de narraciones no jerárquicas, atravesadas por una «*falta de proporción*» que permite coexistir escalas distintas¹¹ y traer a primer plano aspectos "insignificantes" de la realidad habitualmente ignorados es, quizás, un pasaje hacia la escuela de la *micro-historia* que habría de comenzar su andadura poco después y abre una puerta a la *crónica de la vida cotidiana*, especialmente interesante para nuestra exploración de los modos de reproducción social.

Los *espacios de dispersión* a los que Foucault invita constituyen «*espacios hipotéticos o planos sobre los cuales se encuentran dispersos todos los eventos y fenómenos relevantes de un estudio sustantivo [...] La mezcla de estos elementos [...] es una estrategia que reta las tendencias de ordenación apriorística que súbitamente totalizan la indagación histórica*» (Philo, 2000:218-9). Con este ejercicio de dispersión Foucault no pretende en todo caso un trabajo asistemático o la inexistencia de órdenes históricos¹². Tras la *diseminación* es necesario un ejercicio de *reagrupación*, en el que los órdenes implícitos, no aparentes, de los acontecimientos se hacen finalmente visibles.

¹¹ «Hay una fundamental carencia de proporción: [en el poema] el amarradero del yate, el brazalete de la mujer hablando en el muelle, las alas del milano y los dos puntos formados por las puntas de la barba del paseante [...] son tratados del mismo modo» (Philo, 2000:214).

¹² A pesar de las construcciones en sentido contrario ejercitadas por parte de la historiografía postmoderna.

Se trata, por supuesto, de una empresa extenuante y repleta de trampas. El propio Foucault fue a menudo ajeno a este imperativo, especialmente en alguno de sus textos más conocidos — *Vigilar y castigar* o *El nacimiento de la clínica* recaen con frecuencia en el monismo argumental. Para facilitar la tarea, para llevar a término la intuición foucaultiana implícita en su noción de *espacio de dispersión* sugerimos trasladar su operatividad del *ámbito categorial y metafórico* al *ámbito territorial y material*, tratar de comprender la localización de los discursos y saberes, las prácticas y poderes, ser capaces de *emplazarlos*, de asignarles un suelo, un paisaje, una región; o, mejor aún, *muchos suelos, muchos paisajes, muchas regiones*, tantos como dimensiones quepa concebir en la evolución de las prácticas sociales. Sólo en la medida en que consigamos *territorializar nuestros materiales* lograremos reunir los *espacios de dispersión* en que éstos se proyectan en una *geografía sustantiva, significativa*, un discurso cuya complejidad se encuentre más cercana de lo habitual a la realidad que describe.

6 SITUANDO LOS ESPACIOS DE DISPERSIÓN EN LA INVESTIGACIÓN DE LA REPRODUCCIÓN SOCIAL

A continuación realizamos una primera aproximación conceptual a esos espacios categoriales en los que se dispersó el análisis de los casos históricos estudiados en la tesis. Estos vectores de lectura funcionaron a modo de lentes de aumento intercambiables. Con ellos podíamos rastrear las historias olvidadas en cada época y espacio social de modo sistemático, contrastándolas con los trazos más amplios de la historia económica y de los grandes acontecimientos. Como antes mencionábamos, la macrohistoria y la microhistoria, la geopolítica y la biopolítica, se reunían en un nuevo espacio de indagación — el punto de encuentro era, precisamente, la ciudad, el territorio. Para hallar esos órdenes implícitos a los que alude Foucault, era necesario localizar nuestras líneas de pesquisa en territorios sociales específicos. Teníamos así ante nosotros extraordinarias formaciones socioespaciales en las que, pronto, comenzaría a intuirse la acción de las políticas urbanísticas. Se incluyen a continuación breves introducciones a algunas de esas “lentes de aumento” que articularon la investigación, especialmente en lo correspondiente al estudio de las microhistorias de dichos territorios sociales. Se trata de los conceptos de *reproducción social, práctica y vida cotidiana, experiencia y multitud*.

6.1 Reproducción social

¿Qué entendemos por reproducción social? En una definición convencional, este concepto se refiere a las *dinámicas por las cuales una formación social conserva y repite en el tiempo la estructura de sus relaciones sociales*, incluyendo la articulación de sus modos y relaciones de producción, distribución y consumo, de sus formas de comunicación y estructuras intelectuales y afectivas, de sus instituciones, etc. Es decir, la reproducción social remitiría al *conjunto de procesos por los cuales los modos de vida individual y colectiva* —entendidos como nudos en

los que coexisten aquellas dinámicas— *mantienen la sustancia de su configuración a lo largo de la historia*¹³.

En esta primera aproximación hay implícita una serie de conflictos. El más evidente reside en la posición limitada del concepto en el par *permanencia-evolución*, que lo restringiría a una dimensión estática de 'conservación de las estructuras sociales'. Esta situación ha empujado a algunos autores a emplear conceptos como 'acción social' o 'cambio social' para complementar al de 'reproducción' y referirse a procesos en los que las estructuras sociales no son *conservadas*, sino *transformadas*. En la tesis que este trabajo introducía optamos por una concepción más lábil, que incorpora ambas dimensiones en su significado. Así, al referirnos a la reproducción social integramos no sólo las dinámicas que propician la permanencia de las formas de vida, sino también aquellas que las transforman conservando la estructura jerárquica de la formación social, *los procesos que reproducen relaciones sociales de desigualdad y subordinación a través de modificaciones en uno o varios campos de la vida social*. Sin duda viene a la cabeza la máxima de Lampedusa: si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie. Con frecuencia las dinámicas de reproducción social adoptan este patrón desnudo, persiguiendo simplemente el mantenimiento de las bases materiales —sobre todo la existencia y sometimiento de un ejército de fuerza de trabajo— que perpetúan una determinada posición de dominio social.

Las situaciones reales suelen ser, sin embargo, más complejas. Afortunadamente tenemos a nuestra disposición aproximaciones teóricas más elaboradas que facilitan su lectura. Con sus categorías de 'campo' y '*habitus*', Pierre Bourdieu ha aportado un marco conceptual para la comprensión estructurada de los procesos de reproducción social en todo su dinamismo y conflictividad. El concepto de 'campo' equivale a un sistema de posiciones sociales; los campos son un conjunto de espacios de prácticas que estructuran el todo social. Bourdieu identifica numerosos campos: económico, político, cultural, sexual... En cada uno de ellos la posición relativa de las personas y agentes, su *status* en la escala de ese determinado campo, quedan articulados objetivamente a través de un conjunto de prácticas y formas de poder. El campo es, propiamente, un campo de batalla en el que se despliega un constante antagonismo entre los distintos agentes para copar dichas instancias de poder: *«el campo se encuentra normalmente en un estado de tensión dinámica en la medida en que las relaciones entre las posiciones, lo que cuenta como ventaja e incluso los límites mismos del campo son constantemente redefinidos por los agentes en pugna»* (Thrift, 1996:14). El papel de los procesos de reproducción social es central en las dinámicas de esta lucha. El deseo de mantener las posiciones de privilegio en los distintos campos sociales hace que los grupos

¹³ Esta noción es cercana a la concepción ofrecida por Raymond Williams y Edward P. Thompson, en cuyo trabajo la reproducción social está íntimamente relacionada con las formas culturales y su evolución a través de la tradición y las costumbres. En ambos autores la 'cultura', entendida en un sentido amplio como 'modo de vida' (Williams, 1994:14) se extiende del espacio de trabajo al conjunto de las relaciones sociales, los ritos, creencias, formas de identidad, ideas... Esta aproximación teórica reclama el tratamiento unitario de las formas de representación y el mundo económico y laboral que las rodea: para decirlo de forma sencilla, *no se puede entender el canto de siega sin la siega*. La concepción burguesa de 'cultura' se opone a esta perspectiva separando las esferas de la 'vida material' y la 'vida espiritual', en un movimiento de división social del trabajo asociado a las relaciones de producción capitalistas.

dominantes adopten una postura conservadora en las dinámicas de reproducción social, mientras que los aspirantes a medrar en la escala jerárquica presionan en sentido contrario. Así, la materialización real de los procesos de reproducción social requiere una negociación de distintas solicitaciones, a menudo antagónicas, un proceso en los que la *hegemonía* —la capacidad de un bloque social para inducir en los grupos antagonistas la identificación con los intereses propios— alcanza, como en otros aspectos, un protagonismo crucial.

Esta economía de los procesos de reproducción se materializa y personaliza en lo que Bourdieu denomina '*habitus*', una especie de «*inconsciente corporeizado*» (Thrift, 1996:15) que media entre las estructuras sociales objetivas —los *campos*— y la acción individual y «*se refiere a la materialización en los individuos de sistemas de normas sociales, formas de comprensión y patrones de comportamiento que, aún sin determinar completamente la acción [...] aseguran que los individuos estarán más dispuestos a actuar de un modo concreto*» (Painter, 2000:242). Veamos dos definiciones del propio Bourdieu:

«*El habitus se define como un sistema de disposiciones durables y transferibles —estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes— que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir*» (Bourdieu, 1972: 178)

«*Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen habitus, sistemas de disposiciones duraderas y transponibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, en tanto que principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para conseguirlos, objetivamente 'reguladas' y 'regulares' sin ser para nada el producto de la obediencia a reglas, y siendo todo esto, objetivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un jefe de orquesta*» (Bourdieu, 1980: 88-9)

El *habitus*, en tanto herencia de códigos de conducta no formalizados, se convierte en «*historia corporeizada*» en los sujetos, el medio por el cual «*los muertos atrapan a los vivos*» (Thrift, 1996:14) y, al mismo tiempo, se constituye en un «*principio generativo*» que proyecta hacia el futuro un complejo de prácticas entendidas no como disciplina invariable sino como conjunto de «*improvisaciones reguladas*» (Thrift, 1996:15). Bourdieu nos lega así una herramienta privilegiada para la comprensión de las dinámicas de reproducción social en el sentido dual de *cambio* y *permanencia* al que antes nos referíamos. En su constante reinención de las prácticas sociales para conservar o mejorar su posición en el seno de los campos, los sujetos y grupos sociales hacen del *habitus* un vehículo que estructura los comportamientos pero también las estrategias que los transformarán si es necesario, proporcionando a dichos grupos una base identitaria sobre la cual se construyen posteriormente la consciencia de clase y las posturas en la lucha política.

Esta dimensión compleja de articulación de luchas y mediaciones, de identificaciones y antagonismos, es una de las principales responsables en las dinámicas de evolución histórica. Resulta evidente que la coexistencia de distintos regímenes de *habitus* en un mismo campo genera conflictos. Son estos conflictos los que impulsan el cambio, los que hacen necesaria una re-producción —es decir, una nueva producción de lo mismo sobre bases distintas— social. Como indicamos en un apartado anterior, las clases subalternas son con frecuencia las desencadenantes involuntarias de las modificaciones en las dinámicas de reproducción social, no ya por su potencial progresivo sino más bien por todo lo contrario. Al existir según formas de vida —según *habitus*— tradicionales, ajenas a los nuevos modos de producción en desarrollo, la multitud obstaculiza la evolución posicional de las clases en ascenso en los distintos campos sociales y hace necesaria la incorporación *ex novo* de nuevos mecanismos a las dinámicas de reproducción tradicionales:

«El proceso de reproducción social está constituido por un conjunto de procesos económicos, políticos e ideológicos. En cada uno de ellos están previstas sanciones que se ponen en práctica en cuanto parece que el proceso en cuestión se desvía del curso previsto. A estas sanciones podemos llamarlas mecanismos de reproducción. En las sociedades de clases funcionan dentro y a través de la lucha de clases. Recíprocamente, dentro y a través de estos mecanismos de reproducción se decide la lucha de clases y se ejerce y mantiene la dominación de la clase dominante» (Therborn, 1979)

En consecuencia la reproducción social como estructura de procesos no es enteramente un fenómeno autónomo; ciertas variables —distintas en función de las necesidades de cada época— están sometidas a un *régimen regulado*. Éste ha sido el objeto de atención de la escuela regulacionista:

«La reproducción de la sociedad depende de un conjunto de prácticas institucionalmente reguladas que garantizan al menos un cierto grado de correspondencia entre las distintas estructuras y el equilibrio entre las fuerzas sociales. [...] El Estado y la hegemonía [se convierten] en los elementos centrales de la regulación social» (Gambino, 2007:42-3)

Como decíamos, la regulación de la reproducción de las relaciones sociales se entreteje con las dimensiones de campo y *habitus* a las que antes nos referíamos. Las instituciones capitalistas, por ejemplo, juegan a menudo el doble papel de *reproducir* —en el sentido de 'dar continuidad a'— las prácticas que aseguran un determinado *status* a la clase dirigente y, al mismo tiempo, *eliminar* aquellas otras que puedan servir de base a la contrahegemonía popular. Comentando el trabajo de William Domhoff, Jerry Lembcke ha indicado que:

«La capacidad de la clase dominante para dominar deriva, en parte, de la consciencia de sus propios intereses y su cohesión, que es mantenida a través de las generaciones mediante las instituciones culturales y familiares. [...] Domhoff muestra que la clase capitalista está cohesionada porque posee organizaciones a través de las cuales la cohesión de clase es producida y reproducida. Su análisis [...] trata la consciencia como una derivada de la capacidad de organización» (Lembcke, 1995:s.p.)

Las instituciones, como los *habitus* y las clases, son órganos de mediación entre las dimensiones de la 'estructura social' —los campos— y la 'agencia' —las prácticas—. Son a un tiempo 'estructuras' que aseguran la continuidad de los modos de vida y organización social afines a los intereses de la clase dominante —'estructuras estructuradas', en la terminología de Bourdieu— y 'agencias' que intervienen los mismos, modificándolos, cuando resultan contradictorios con éstos — 'estructuras estructurantes'. Por tanto, los regímenes de regulación que estas instituciones despliegan se dedicarán, si es necesario, a *producir formas de vida*, modos de consumo, de trabajo, de intercambio, de comunicación. En su misión de producir sujetos no contradictorios, la regulación de las relaciones sociales se extenderá paulatinamente a dimensiones cada vez más amplias del espectro vital. Tomando como estructura de referencia el modo de producción capitalista, esta cruzada se extiende desde la inicial tarea de desposesión de los medios de producción de las clases populares a la actual situación en la que, a juicio de algunos pensadores, los mecanismos de control se despliegan virtualmente en todo el conjunto de dimensiones de la reproducción social, en todas las facetas de la vida (Deleuze, 1991; Foucault, 1997; 2006; Hardt & Negri, 2006).

Dentro de este amplio y complejo espectro de campos de batalla social nuestra atención, como planificadores y teóricos urbanos, ha de dirigirse a aquellos relacionados con las prácticas sociales en su dimensión más cotidiana y, especialmente, las dotadas de una *componente espacial sustantiva*. Como se hizo evidente a lo largo de nuestra investigación, la *necesidad de controlar el espacio* se convertirá en un aspecto crucial en la consolidación de esos mecanismos y modos de regulación de la reproducción social. «*El ejercicio de la capacidad hegemónica [de una clase] requiere el control del espacio y la clase que controla el espacio prevalecerá en cualquier momento histórico [...]. Pero ¿cómo se traslada el control del espacio al poder de clase?*» (Lembcke, 1995:s.p.). Es decir, *¿cómo domina la clase dominante a través del espacio? ¿Cómo dirige las formas de reproducción social mediante la manipulación de los territorios?* La explicación de esta cuestión general a través de una serie de episodios particulares formaba el cuerpo de la tesis introducida por este trabajo.

6.2 Práctica y vida cotidiana

Es realmente sospechosa la escasa atención que la teoría de la planificación ha prestado a los elementos que configuran, condicionan y modulan la vida cotidiana, sobre todo a partir de la segunda guerra mundial¹⁴. Como tuvimos ocasión de comprobar con los estudios de caso investigados en nuestra tesis, esta situación resulta especialmente curiosa si tenemos en cuenta que ha sido éste el campo que ha protagonizado buena parte de las innovaciones y batallas de los planificadores y reformistas urbanos en los albores de la disciplina. También hay que llamar la atención sobre este progresivo olvido en una época que se ha caracterizado precisamente por hacer de la práctica y vida cotidiana el centro de la reflexión sobre

¹⁴ Con la excepción, obvia, de Henri Lefebvre. Pero aunque se puede objetar que no es una excepción menor, también puede argumentarse que su crítica de la vida cotidiana precede a su reflexión sobre la ciudad y el espacio. Ver Goonewardena (2011).

lo social. Dilthey, Bergson, George H. Mead, Wittgenstein, Heidegger, Merleau-Ponty, Hoggart, Raymond Williams, Castoriadis, Edward P. Thompson, de Certeau, Bourdieu, Carlo Ginzburg... La lista de aportaciones clave podría extenderse durante páginas, pero ¿con qué frecuencia encontramos estos nombres en la teorización urbanística, que tanto se ha enorgullecido de un pasado disciplinar atento a las formas y necesidades de la vida? ¿Cuáles son los motivos por los que los planificadores han tendido a guardar silencio sobre las cuestiones de la vida una vez superada la fase primitiva del reformismo decimonónico y su consolidación en el *welfare* espacial de la primera mitad del siglo XX? Detengámonos por un momento para otear las posibilidades de una dispersión específica de nuestro estudio en el campo de las prácticas y la vida cotidiana.

Si Bourdieu nos ha legado herramientas originales para comprender el entretrejimiento de historia, estructuras sociales y prácticas cotidianas, el trabajo de Michel de Certeau nos ofrece una cartografía fragmentaria pero sugerente para orientarnos en la articulación entre estas últimas y la geografía de las relaciones sociales. Foucault puede ser leído, ya lo vimos, como un geómetra de los espacios del poder absoluto; de Certeau se presenta, por el contrario, como un geógrafo de los poderes discretos del ciudadano común. ¿Por qué atender a esta dimensión de la acción social? Las prácticas de la vida cotidiana nos interesan porque *ocupan* un espacio; es más, *se construyen a través del espacio, se organizan espacialmente*. En estas prácticas cotidianas, desde luego, va implícita una determinada economía de la diferencia, una posición social: volviendo a Bourdieu, las prácticas espaciales no escapan a los condicionamientos del *habitus*; más bien al contrario, las prácticas estructuradas por el *habitus* se estructuran también y principalmente en el espacio. Para de Certeau este espacio estructurado, este *espacio-estructura* —con su correspondiente división económica y social—, es contestado a diario en las prácticas cotidianas populares que se materializan como acciones espaciales, *espacios-agencia*. A dichas acciones espaciales de Certeau les confiere el estatuto de *tácticas* informales que, entre lo material y lo simbólico, deconstruyen inadvertidamente los espacios de dominación trazados por las clases en el poder. Éstas, a su vez, desplegarán acciones de corrección para paliar el efecto de las tácticas y perpetuar su dominio del espacio; de Certeau se refiere a estas últimas como *estrategias*.

¿Es preciso advertir la cercanía de estas *estrategias* con los *mecanismos espaciales de reproducción* a los que nos referíamos en el anterior apartado? ¿Necesitamos hacer más evidente la similitud del proceso que describimos con la dinámica más amplia de reproducción social que hemos tratado, y de la cual este fenómeno espacial no vendría a ser más que una componente? No adelantemos acontecimientos. De Certeau ha sido degradado a una condición caricaturesca como 'apólogo de la liberación espacial' que vendría a rebatir y complementar la visión de la 'ciudad-cárcel' foucaultiana — por supuesto, otra caricatura. A pesar de todo, la dicotomía *tácticas/estrategias* contiene ciertas limitaciones analíticas que desaconsejan su aplicación *tout court*. Resulta a este nivel mucho más pertinente partir de la noción de *dialéctica de la vida cotidiana* de Lefebvre, un concepto más flexible, en el que se reúnen y superponen, desdibujándose, las prácticas antagónicas señaladas por de Certeau (Busquet & Garnier, 2011; Goonewardena, 2011; Sevilla Buitrago, 2011). Aquí la vida cotidiana es, sobre todo, un espacio de

lucha en el que se presentan en su totalidad las instancias dominantes y emancipadoras, sin que podamos asignar apriorísticamente cada una de ellas a agentes concretos. La vida cotidiana es esa dimensión “insignificante” en la que, sin embargo, se producen los “primeros significados” y, por tanto, constituye el frente de vanguardia para las luchas sociales:

«Lo cotidiano, considerado como conjunto de actividades en apariencia modestas, como conjunto de productos y de obras muy diferentes de los seres vivos [...] no parece ser tan solo lo que escapa a los mitos, los de la naturaleza, de lo divino y de lo humano. ¿No constituye una primera esfera de significado, un campo en el que se proyecta la actividad productiva (creadora) saliendo así al encuentro de nuevas creaciones? Este campo, este dominio, no se resumiría ni en una determinación [...] de la subjetividad de los filósofos, ni en una representación objetiva [...] de objetos clasificados en categorías (ropa, alimentación, mobiliario, etc.). Sería más que eso y otra cosa: ni una dirección de caída ni un bloqueo, ni un tope, sino un campo y un relevo simultáneamente, una etapa y un trampolín, un momento compuesto de momentos (necesidades, trabajo, goce; productos y obras; pasividad y creatividad; medios y finalidad, etc.), interacción dialéctica tal que sería imposible no partir de ella para realizar lo posible (la totalidad de los posibles)» (Lefebvre, 1984:23-24).

Prosigamos nuestro recorrido por la dimensión de la vida cotidiana como espacio donde lo posible habrá de materializarse.

6.3 Experiencia

Las prácticas cotidianas presentan una conexión aún más profunda con los procesos de reproducción social, relacionada con las formas de experiencia a las que aquéllas sirven de soporte. Este es un aspecto a tener en cuenta en la comprensión de las políticas urbanísticas y espaciales en general, especialmente en una época, la nuestra, que reclama para sí una sensibilidad nueva hacia la dimensión paisajística —es decir, perceptual, es decir, subjetiva— del entorno construido. La historia de la planificación urbana ha de ser también una historia de su dialéctica con la configuración de la vida cotidiana y una crónica de las formas de experiencia resultantes, que desde este punto de vista no son más que la materialización de dicha dialéctica en la historia de los sujetos y los grupos sociales¹⁵.

En sentido etimológico, ‘experiencia’ proviene del latín *experientia*, formado por el prefijo ‘ex’ (fuera de, resultado) y ‘perientia’, que a su vez deriva de la antigua raíz indoeuropea ‘per’, la misma del griego *peirao* y del latín arcaico *perior* (intentar, probar). Desde este punto de vista la ‘ex-periencia’ es el resultado de una prueba y se refiere a la *forma de conocimiento* o pericia (de la misma raíz latina, que hermana el ‘saber’ con el ‘intentar’) *surgida de la práctica cotidiana*. La concepción clásica del término ‘experiencia’ se forma hacia el siglo XVIII. En esa época Raymond Williams identifica ya dos denotaciones en pugna: la conservadora de *experiencia como pasado*, «conocimiento reunido a partir de eventos pasados, tanto

¹⁵ En este sentido la historiadora feminista Joan W. Scott ha señalado la necesidad de historiar la experiencia como oportunidad para «*historiar las identidades que produce*» (Scott, 1999:86).

a través de la observación consciente como por consideración o reflexión»; y la emergente de experiencia como presente, «un tipo particular de consciencia, que en algunos contextos se distingue de la 'razón' o el 'conocimiento'» (Williams, 1983:126).

Desde entonces y significativamente, el concepto ha permanecido en permanente disputa en el campo de la filosofía durante más de dos siglos. En su negociado con el empirismo, Kant incidió en el sentido etimológico señalado al indicar que todo conocimiento comenzaba en la experiencia, fenómeno que él entendía como la *captación de la realidad en intuiciones*. En este nivel elemental *el espacio y el tiempo*, como intuiciones puras que preceden a la percepción, se convertían en las *condiciones de posibilidad de la experiencia*. Sin embargo para Kant el escaso valor de esta forma de conocimiento fenomenológico, basado exclusivamente en el marco sensible, hacía necesaria la posterior ordenación de las intuiciones por la razón.

El romanticismo pondría en crisis este menosprecio de las formas de conocimiento sensible, elevando la experiencia a un *status* de soberanía gnoseológica que la convertía en el tipo de consciencia «*más completo, abierto y activo, [incluyendo] tanto el sentimiento como el pensamiento*» (Williams, 1983:127)¹⁶. Las principales aportaciones a la filosofía de la experiencia del siglo XX parten precisamente de esta línea. En *Sein und Zeit* Heidegger considera que la base para la inteligibilidad del pensamiento y la acción ha de encontrarse en las prácticas de cada día y no en teorías abstractas: al estudiarlo, el *Dasein* « [debe] *mostrarse tal como es inmediata y regularmente, en su cotidianidad media*» (Heidegger, 2009:38)¹⁷. De modo similar, en el segundo Wittgenstein encontramos una reflexión en la que las prácticas sociales cotidianas, concebidas como formas o patrones de vida colectiva, se convierten en la única fuente para la comprensión del mundo (Wittgenstein, 1976, 1999). En EE.UU. también George H. Mead partió del estudio de los fenómenos cotidianos de interacción social como matriz de los significados que determinaban la conducta de los individuos, procesos que el autor consideraba en buena medida *pre-conscientes* (Mead, 1934).

En todos estos autores se produce, como vemos, un constante deslizamiento hacia la dimensión gnoseológica. En nuestra investigación esta articulación entre 'experiencia' y 'conocimiento' interesa en la medida en que nos permite comprender los modos de acción social de las clases populares y la génesis de su antagonismo activo. En la línea de Mead, buena parte de la teoría de la práctica contemporánea tiende a identificar las formas de experiencia cotidiana como modos de conocimiento pre-representacional¹⁸, asociadas en este sentido a una consciencia difusa, informe, desarticulada. Con frecuencia los sujetos no se *re-presentan* su cotidianidad, no *formalizan* su experiencia hasta el momento mismo en que ésta

¹⁶ Williams no explicita, sin embargo, el origen romántico de esta expansión del significado del término.

¹⁷ Una postura común al existencialismo francés, especialmente en el caso de Maurice Merleau-Ponty, para el cual el conocimiento existencial deriva, precisamente, de las 'experiencias vividas'.

¹⁸ La novísima *teoría no-representacional*, en buena medida nacida en el campo de la geografía humana, está intentando construir un nuevo *corpus* de pensamiento a partir de una aproximación fenoménica —antes que fenomenológica— a la realidad, produciendo sus resultados *en ésta*, antes que *a partir de ella*. Para una introducción, vid. Thrift (2007).

peligra en sus bases materiales; esta re-presentación en el momento mismo del eclipse de lo representado es, como veremos, el *embrión de la resistencia*. De forma simple, los individuos a menudo adquieren consciencia de sus prácticas sólo cuando éstas corren el riesgo de desaparecer. Si las formas de vida tradicionales pueden resultar, como hemos visto, obstáculos en la evolución de un determinado bloque social y presentan en este sentido una condición de *resistencia pasiva*, la *resistencia activa* surge por el contrario en el umbral entre la práctica pre-consciente y su posible pérdida, es un *modo de experiencia del cambio social*¹⁹.

Otro aspecto común a estos pensadores es la consideración de que los sujetos sociales, individuales o colectivos, se producen *por* la experiencia y *en* la experiencia: «*no son los individuos los que tienen experiencia, sino que son los sujetos los que se constituyen a través de la experiencia*» (Scott, 1999:86).

«*La experiencia es el proceso por el cual, para todos los seres sociales, se construye la subjetividad. Mediante este proceso, la persona se sitúa o es situada en una realidad social, y así percibe y comprende como subjetivas [...] esas relaciones —materiales, económicas e interpersonales— que de hecho son sociales y, desde una perspectiva más amplia, históricas*» (De Lauretis, 1984:159)

Experiencia y producción de subjetividad quedan así asociadas. La producción de subjetividad que alumbró sujetos autónomos, independientes, se gesta en las formas de experiencia no mediadas por lo que, como veremos más adelante, un proyecto de dominio que aspire a la supresión de la independencia de los individuos y grupos sociales —a la desposesión de sus capitales colectivos— deberá enfrentarse necesariamente a la eliminación o modificación de dichas formas de experiencia. Con todo, si profundizamos en el modo en que la experiencia surge de la práctica cotidiana intuiremos hasta qué punto su propia naturaleza complica este tipo de intromisiones. Empleando la característica metáfora postestructuralista, Joan Scott ha indicado que:

«*Los sujetos se constituyen discursivamente y la experiencia es un hecho lingüístico (no sucede fuera de significados establecidos), pero tampoco queda encerrada en un orden fijo de significación. Ya que el discurso es, por definición, compartido, la experiencia es colectiva, además de individual. La experiencia tanto puede confirmar lo que ya se conoce (vemos lo que hemos aprendido a ver) como trastornar lo que se daba por hecho (cuando diferentes significados entran en conflicto, reajustamos nuestra visión para explicar el conflicto o resolverlo; eso es lo que se entiende por «aprender de la experiencia», aunque no todo el mundo aprende la misma lección o la aprende al mismo tiempo o del mismo modo)*» (Scott, 1999:106-7)

Edward P. Thompson es el responsable de una concepción original y sumamente influyente de las dinámicas de acción social a partir, precisamente, de la noción de 'experiencia', que él identificó como la base sustantiva para la comprensión del

¹⁹ Es en este sentido que mostrábamos reservas respecto al potencial antagonista que de Certeau asigna a sus 'tácticas'. En su concepción echamos de menos esa naturaleza procesual que permite diferenciar las prácticas que son un mero obstáculo a eliminar de aquellas que se articulan voluntariamente como resistencias activas, absorbiendo entonces muchos de los atributos que el autor asigna a sus 'estrategias'.

concepto de 'clase'. Su primer acercamiento a esta articulación la encontramos en su seminal *The Making of the English Working Class*:

«Por clase entiendo un fenómeno histórico unificador de un cierto número de acontecimientos dispares y aparentemente desconectados, tanto por las respectivas condiciones materiales de existencia y experiencia como por su consciencia. [...] La clase aparece cuando algunos hombres, como resultado de experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses entre ellos y contra otros hombres cuyos intereses son diferentes (y corrientemente opuestos) a los suyos. La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones productivas en el marco de las cuales han nacido o bien entran voluntariamente los hombres. La consciencia de clase es la manera como se traducen estas experiencias a términos culturales, encarnándose en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales»²⁰ (Thompson, 1977:7-8)

La experiencia es, en resumen, el *punto de unión entre la vida material y la consciencia social*, una vía procesual que organiza a la población en formas sociales bien definidas —las clases— y articula sus patrones de acción social²¹:

«Si detenemos la historia en un punto dado, entonces ya no tenemos clases sino, simplemente, una multitud de individuos con una multitud de experiencias. Pero si observamos a esos hombres a través de un adecuado período de cambio social veremos ciertos patrones en sus relaciones, ideas e instituciones. Una clase se define por los propios hombres según y cómo vivan su propia historia» (Thompson, 1977:10)

En definitiva, intuimos ya que las formas de antagonismo social se presentarán a lo largo de nuestra historia en primer lugar y de forma fundamental como una *lucha de experiencias*, como una lucha de prácticas cotidianas y, en ese sentido, como una lucha por el espacio que las acoge. Ya advertimos sobre las conclusiones que Jerry Lembcke y otros miembros de la nueva historia del trabajo estadounidense han arrojado en torno a la intersección entre lucha de clases y lucha espacial. El elemento clave en esa articulación es, precisamente, la experiencia. Recogiendo las indicaciones de Thompson y las intuiciones de la filosofía de la experiencia, Lembcke ha propuesto una *economía espacial de la experiencia* como *capacidad intrínseca* de la clase obrera para organizarse y hacer frente a los ataques de las clases e instituciones capitalistas. En su esquema, el espacio se convierte en la condición física que permite la consolidación de las experiencias y su transmisión

²⁰ Continúa Thompson: *«A diferencia de la experiencia, la consciencia de clase no aparece como algo determinado. Podemos ver, en efecto, una cierta lógica en las respuestas de grupos de similar ocupación que sufren experiencias similares, pero no podemos predecir ninguna ley sobre el particular. La consciencia de clase surge del mismo modo en diferentes momentos y lugares, pero jamás de la misma manera exactamente» (Thompson, 1977:8)*. En un sentido más directo, años después Thompson, inmerso en una agria polémica con el estructuralismo marxista de Althusser y Poulantzas, aclaró: *«Las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico» (Thompson, 1984:37)*.

²¹ Nótese la cercanía, en este punto, al concepto de *habitus* de Bourdieu.

a través de las generaciones. Para que las experiencias se formen y transmitan es preciso el paso del tiempo, pero también la comunidad del espacio compartido:

«La cantidad de tiempo que un grupo de trabajadores reside en un lugar concreto [...] es la combinación esencial de factores en la formación de la solidaridad social. No sólo ha de compartir el grupo una experiencia; el proceso de reflexión a través del cual éste llega a tomar consciencia de lo que tiene en común lleva su tiempo» (Lembcke, 1995:s.p.)

Espacio y tiempo se declinan así a través de la experiencia de clase como *duración en el lugar*, un fenómeno que puede verse sometido a una mediación destructiva por el poder de la clase antagonista. El resultado de nuestras indagaciones en los distintos episodios estudiados en la tesis no deja lugar a dudas: las clases dominantes han aprendido paulatinamente a identificar e impedir la formación de esta experiencia con el fin de prevenir la formación de la consciencia de clase, decantando en consecuencia la lucha a su favor. Lo más importante y crucial para nosotros es que este movimiento maestro se ha ejecutado, entre otros campos, en el espacio, a través de la intervención en la ciudad y el territorio, alterando las viejas formaciones socioespaciales y creando otras nuevas, libres de obstáculos para los nuevos órdenes hegemónicos.

6.4 Multitud

En las últimas décadas el pensamiento radical parece haberse empeñado en enmendar la plana a Thompson, dando la vuelta a la fórmula que citábamos y por la cual el investigador pasaba de la 'multitud' indiferenciada a la 'clase' a través del estudio de la historia²². Deshaciendo este camino, un grupo de teóricos, fundamentalmente provenientes de la izquierda post-operaísta italiana, ha propuesto el paso del concepto de 'clase' al de 'multitud' para caracterizar las actuales luchas de oposición al capitalismo (Hardt & Negri, 2006; Lazzarato, s.f.; Virno, 2003). En numerosos pasajes de la tesis, y en su propio título, recurrimos a este concepto para referirnos a los grupos de población cuyas prácticas y experiencias cotidianas son sometidas a una desposesión material y social planificada en el espacio. Esto no implica, sin embargo, una aceptación rigurosa de la acepción propuesta por los autores mencionados, por lo que se hace necesaria una acotación preliminar del concepto. En realidad, con la noción de 'multitud' sus proponentes están actualizando la tradición marxiana de identificar sujetos políticos que son *mitad constituidos* —aislables científicamente por 'lo que son', en base a condiciones materiales y sociales comunes y empíricamente demostrables—, *mitad constituyentes* —conformados como proyecto en función de su potencial político²³, por lo que 'pueden llegar a ser'—. En este *aggiornamento* se reviven también, desde

²² En este movimiento hay implícita una crítica a la esencialización con que Thompson culminaba, a juicio de algunos de sus críticos, su construcción empírica de la 'clase', vid. Scott (1999:95). El propio Thompson advirtió sobre las limitaciones del concepto en su aplicación a formaciones sociales precapitalistas; en ellas cabía interpretar que 'clase' no era una realidad fenoménica sino simplemente una categoría heurística que facilitaba el análisis histórico (Thompson, 1984:36-7). Las objeciones de la reciente teoría radical al concepto de 'clase' amplían esta cautela al conjunto de la historia.

²³ «La pregunta que debemos plantearnos no es ¿qué es la multitud?, sino ¿qué puede llegar a ser la multitud?» (Hardt & Negri, 2006:134).

luego, los callejones sin salida implícitos en el pensamiento *propositivo* del propio Marx, amplificadas en este caso por la existencia de una mayor distancia entre ambas *mitades* del concepto. Esta distancia es palpable, por ejemplo, en el desequilibrio en los argumentos que los post-operaístas emplean para definir el ámbito de población al que se referiría el término 'multitud' —con una clara sobrecarga en los enunciados filosóficos en detrimento de los materiales—, una situación que por momentos puede desembocar en una definición sustentada simplemente en alusiones a una difusa voluntad de deseo o un idealismo democrático: «*la multitud es el único sujeto social capaz de realizar la democracia, es decir, el gobierno de todos por todos*» (Hardt & Negri, 2006:128). A lo largo de nuestro trabajo hemos evitado en lo posible esta acepción, decantándonos por la más firme y correspondiente a la dimensión material, constituida, del concepto. En este sentido en nuestro trabajo empleamos el término 'multitud' para referirnos al «*sujeto común del trabajo*», «*la totalidad de los que trabajan bajo el dictado del capital*» (Hardt & Negri, 2006:134), lo que nos permitió conservar un sujeto social único a lo largo del amplio arco temporal cubierto por la tesis, salvando las distancias entre grupos sociales que, desde el siglo XVII al XX, presentan ciertamente un cuerpo de prácticas sociales profundamente variable. Por otra parte, es necesario articular el término 'multitud' con otras categorías, más ajustadas a la realidad material de cada época o espacio en estudio: clases subalternas, clases populares, clase obrera, etc.

Es necesario indicar, en todo caso, que la *indeterminación* implícita en la concepción post-operaísta de la multitud tronca directamente con la tradición del término y su propia genealogía en la teoría política. Es precisamente esa indeterminación la que Hobbes y Spinoza, artífices de la concepción clásica de 'multitud', toman en cuenta para posicionarse respectivamente en contra y a favor de ésta²⁴. En su defensa de la monarquía absoluta, Hobbes precisaba una pieza que hiciera funcionar el conjunto de la máquina social en sentido centrípeto: el poder del monarca debía ser legitimado discursivamente para que éste no pareciera un tirano. Su soberanía no debía emanar de la fuerza —esta era sólo la *causa* de que el monarca se convirtiera en depositario del poder—, sino derivar de una transferencia realizada por la propia población, que la cedería a un solo sujeto en aras del orden social. Dado que en este contrato social las partes debían estar bien definidas, Hobbes necesitaba concebir la población en un sentido unitario; ésta, en definitiva, había de presentarse con una voluntad única y cerrada, sin fisuras. En este sentido en *De cive* y *Leviathan* Hobbes emplea el término 'pueblo' para referirse a esa población sintetizada en un cuerpo social indiferenciado, homogéneo, que actúa como un solo hombre:

«*El Pueblo es algo que es uno, con una voluntad, y al cual puede atribuirse una acción; nada de esto puede decirse de la Multitud. El Pueblo dicta en todos los Gobiernos, pues incluso en las Monarquías el Pueblo dispone; pues el Pueblo desea por el deseo de un solo hombre; pero la Multitud no es más que los Ciudadanos, es decir, Sujetos. [...] En una Monarquía, los Sujetos son la Multitud, y (aunque parezca una Paradoja) el Rey es el Pueblo*» (Hobbes, 1642: §XII [VIII])

²⁴ Cada cual impulsado, por supuesto, por sus propias motivaciones materiales, un aspecto habitualmente ausente de las recuperaciones recientes de sus aportaciones a la teoría política.

Frente a ese pueblo unitario, la multitud representa el peligro del desorden social que pone en entredicho la limpieza del contrato social:

«La multitud, para Hobbes, es inherente al «estado de naturaleza», es decir, a aquello que precede la institución del «cuerpo político». Pero el lejano antecedente puede resurgir, como un «destituido» que regresa para hacerse valer, en las crisis que sacuden cada tanto la soberanía estatal. Antes que el Estado estaban los muchos, después de la instauración del Estado adviene el pueblo-Uno, dotado de una voluntad única. La multitud, según Hobbes, rehúye de la unidad política, es refractaria a la obediencia, no establece pactos durables, no consigue jamás el estatuto de persona jurídica porque nunca transfiere los propios derechos naturales al soberano. La multitud inhibe esta «transferencia» por su propio modo de ser — por su carácter plural— y de actuar» (Virno, 2003:23)

En suma, desviando su temor real ante la revolución contra el monarca en una Inglaterra en proceso de cambio, Hobbes advierte del peligro de un asalto multitudinario al poder, *«los Ciudadanos contra la Ciudad, es decir, la Multitud contra el Pueblo»* (Hobbes, 1642: §XII [VIII]). En consecuencia, para prevalecer *«toda nación debe convertir a la multitud en un pueblo»* (Hardt & Negri, 2002:100). Nada de este pánico ante las masas en Spinoza, pensador positivo de la multitud. Para él:

«El concepto de multitud indica una pluralidad que persiste como tal en la escena pública, en la acción colectiva, en lo que respecta a los quehaceres comunes —comunitarios—, sin converger en un Uno, sin desvanecerse en un movimiento centrípeto. Multitud es la forma de existencia social y política de los muchos en tanto muchos: forma permanente, no episódica o intersticial. Para Spinoza, la multitud es la base, el fundamento de las libertades civiles» (Virno, 2003:23)

Quizás los historiadores y pensadores sociales han menospreciado el *miedo* como motor del cambio social, absortos en las fabulosas construcciones de poder que los bloques dominantes han legado al futuro. Sin embargo, como ha señalado Bruno Latour, esta visión del dominio social como un ejercicio omnipotente puede estar desviando nuestra atención del modo en que realmente se construyen estos dominios, habitualmente a partir de incertidumbres, vulnerabilidades e impotencias (Latour, 1993). En los distintos episodios estudiados en la tesis pudimos observar cómo el miedo a la multitud, a sus prácticas, a sus conflictos, a su ingobernabilidad, a su potencial revolucionario, etc., ha sido uno de los acicates para la adopción de medidas y la creación de técnicas y saberes que permitieran suprimir o, al menos, regular, estas contradicciones²⁵ (ver también Topalov, 1988).

Esta es, precisamente, la dimensión de ese difuso cuerpo social que nos interesó en nuestro trabajo y que nos gustaría proponer como elementos de reflexión para los estudios de las políticas urbanas y espaciales: la multitud aparece a través de la historia con sucesivos rostros como sujeto del conflicto social y objeto de las prácticas que los bloques dominantes idean para suprimirlo. Recuperando la genuina y material concepción de Hobbes, la multitud es el sujeto peligroso cuya

²⁵ Como han señalado Hans-Jürgen Heinrichs y Peter Sloterdijk, todas las sociedades se construyen frente al caos (Heinrichs & Sloterdijk, 2004)... aunque por supuesto este caos puede ser sólo un *caos de clase*.

diversidad y autonomía amenaza la lógica de la soberanía única y el poder establecido, y que debe por ello ser convertida en objeto, gobernada por los aparatos institucionales que ese poder despliega. Así, la multitud pasará paulatinamente de ser un cuerpo social intrascendente y anodino que ha de ser pastoreado a constituir, con la desposesión material de los primeros procesos de acumulación primitiva y el posterior ascenso del capitalismo industrial, un misterio y una amenaza que requerirán herramientas de análisis y conocimiento para su adecuado gobierno. El ignoto «*hombre de la multitud*» del relato de Poe²⁶ de mediados del XIX, el «*genio del crimen profundo*», encontrará pronto un agente especializado para su investigación, un Sherlock Holmes, a finales de siglo: las reverberaciones sociales de la narrativa de esta época —Conan Doyle crea su personaje en 1887— son casi siempre directas. Los nuevos 'Sherlock' sociólogos, higienistas, planificadores, comienzan entonces una nueva era en los modos de gobierno de la población, que a partir de ese momento no cesarán de depurarse y sofisticarse.

Cada época tiene su multitud y sus formas de conflicto, desde la resistencia pasiva derivada de la continuidad de formas de vida y prácticas ajenas a los nuevos modos de producción y relaciones sociales a la resistencia activa que emerge ante su desaparición y, posteriormente, en las nuevas formas institucionales de antagonismo: partidos obreros, sindicatos, etc. Como veremos estas instituciones multitudinarias, tradiciones o formas de asociación de nuevo cuño, enuncian el antagonismo social en cauces organizados y de largo recorrido. Cuando, con su particular miopía, las clases dominantes han renunciado a su capacidad hegemónica para pacificar e incorporar estas formas de contestación, suprimiéndolas, la multitud desorganizada ha tendido a adoptar formas de contestación violentas y de corto recorrido en forma de revueltas y disturbios. Así pues, la multitud empuja el desarrollo social, voluntaria o involuntariamente. Esta constatación, anticipada por Mario Tronti (2001), no significa que comulguemos con el conocido corolario operaísta en toda su extensión: para nosotros, desde la perspectiva del gobierno del espacio, este protagonismo no implica en ningún caso un triunfo de las clases subalternas. Éstas han obligado, sí, a las clases dominantes a preocuparse por sus formas de alojamiento, por sus espacios de trabajo y ocio, por los lugares de reposición y descanso. Sin embargo, dicho protagonismo y dicha mejora en la calidad de vida tienen sus límites: el protagonismo es pasivo y la calidad de vida se define por estándares ajenos a las necesidades y deseos de los destinatarios de las mejoras. Aunque hoy esta perspectiva nos parezca insólita, los gobernados han hecho del rechazo a dichas mejoras una práctica habitual en el pasado, con escasas repercusiones. La multitud no ha podido recuperar en ningún momento su papel autónomo en la producción del espacio tras perderlo con el advenimiento del capitalismo y esto es, se mire por donde se mire, un triste "triunfo".

²⁶ En este relato de 1840 el narrador persigue durante toda una noche a un misterioso anciano que deambula agitado por la ciudad, sin ser capaz de hacerse una idea de los motivos de su comportamiento. Extenuado, abandona su objetivo: «*Este viejo -pensé por fin- es el tipo y el genio del crimen profundo. No quiere permanecer nunca solo. Es el hombre entre la multitud. Sería inútil seguirle, pues no lograría averiguar nada sobre él ni sobre sus hechos*».

7 ESPACIO, TERRITORIO SOCIAL

El espacio es una relación social. No sólo *contiene* o *da soporte* a relaciones sociales, sino que es, él mismo, un conjunto de relaciones, un complejo de procesos, de códigos, de articulaciones y antagonismos (Harvey, 2006; Massey, 1991). Kant pensó el espacio como un *a priori* de la percepción; consideraba que es absurdo imaginar objeto alguno fuera del espacio. Del mismo modo, pero a la inversa, nosotros podemos considerar que es absurdo concebir espacio alguno al margen de la sociedad que lo emplaza: todo él está escrito por los códigos de ésta. Incluso cuando imaginamos espacios vírgenes los concebimos con los parámetros que, en este caso, la sociedad nos da para comprenderlos: por exclusión como espacios al margen, por extensión como reservas a la espera de su “civilización”, de su “conquista”, etc. El espacio es *espacio social* o no es nada. A pesar de ello:

«En lugar de descubrir las relaciones sociales (incluyendo las relaciones de clase) latentes en el espacio, en lugar de concentrar nuestra atención en la producción del espacio y las relaciones sociales a él inherentes [...] caemos en el error de tratar el espacio 'en sí mismo'. Llegamos a pensar en términos de espacialidad y así fetichizamos el espacio de un modo que recuerda al viejo fetichismo de las mercancías, donde la trampa reside en el intercambio y el error consiste en considerar las 'cosas' aisladamente, como 'cosas en sí mismas'²⁷». (Lefebvre, 1991:90)

El espacio «no es otra cosa que la reproducción social en su dimensión más material» (Lipietz, 1979:9). Por ello el estudio de las transiciones entre sucesivos modos de reproducción social nos permite comprender la influencia del espacio y sus aparatos de regulación en las formas de vida y, viceversa, el espacio se convierte en un lugar privilegiado para el estudio de la evolución histórica de las formaciones sociales.

Pero ¿por qué vías lo social se articula a lo espacial? ¿Cómo opera cada variable sobre la otra? ¿De qué modo el espacio es producido como espacio social sobre la base de relaciones sociales determinadas y de qué modo las relaciones sociales se reproducen a través del espacio? En esta encrucijada hay que advertir las limitaciones de los determinismos unívocos para dar cuenta de la complejidad de los procesos reales. El espacio no perfila la figura completa de los modos de vida salvo en casos elementales: en ausencia de cercanía o contacto —físico, lingüístico, imaginario— no hay comunicación ni, por tanto, amistad o enemistad; sin espacio común no hay espacio social posible. En esta capacidad negativa descubriremos, precisamente, una de las herramientas recurrentes de la planificación urbana: es más fácil *destruir* que *crear* espacios sociales y es más fácil crearlos destruyendo los precedentes que a partir de ellos. Con todo, el carácter de este “brazo duro” de la planificación es básico y rudimentario y no puede cerrar nuestro horizonte: como

²⁷ Implícita en éste y otros pasajes de *La producción del espacio* está la polémica que Lefebvre dirige contra *La cuestión urbana* de Manuel Castells —sólo dos años separaban la publicación de ambas obras— (Merrifield, 2000:172). Como es sabido el trabajo de Castells fija entre sus principales objetos de investigación la relación entre espacio y reproducción social, leída fundamentalmente en términos de consumo, un planteamiento que Lefebvre considerará mal orientado, tanto por la conservación de dicha dicotomía como por la falta de atención a dimensiones fundamentales en la economía del espacio y en los propios modos de reproducción social.

ellos mismos pudieron constatar tras sucesivas generaciones de errores, el determinismo espacial de los reformistas del XIX estaba muy lejos de poder comprender el meollo del asunto. Lo mismo puede concluirse de la postura contraria. La sociología del espacio simmeliana —especialmente el capítulo *El espacio y la sociedad* de sus *Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung* (Estudios sobre las formas de socialización) — se caracterizó por una subordinación de las dimensiones espaciales a las sociales²⁸:

«*El espacio es una forma que en sí misma no produce efecto alguno. Sin duda en sus modificaciones se expresan las energías reales; pero no de otro modo que el lenguaje expresa los procesos del pensamiento, los cuales se desarrollan en las palabras, pero no por las palabras*» (Simmel, 1908)

Esta postura impedía mostrar cómo las dimensiones sociales que condicionaban las espaciales estaban, a su vez, condicionadas por el espacio. Por otra parte, como acabamos de ver, la consecución de una dimensión espacial es una de las condiciones de existencia que aseguran la reproducción de una relación social determinada. En suma, «*en la reproducción social el espacio material aparece ya como efecto, ya como determinante de las relaciones [sociales]*» (Lipietz, 1979:28).

«*El espacio socioeconómico concreto se presenta a la vez como la articulación de los espacios analizados, como un producto, un reflejo de la articulación de las relaciones sociales, y al mismo tiempo, en cuanto espacio concreto ya dado, como una limitación objetiva que se impone a la expansión de esas relaciones sociales. Diremos que la sociedad recrea su espacio sobre la base de un espacio concreto, siempre dado, heredado del pasado*» (Lipietz, 1979:27).

Producto y condición de los procesos sociales, el espacio, la ciudad, el territorio responden a una dialéctica de co-determinación continua, mutante (Harvey, 2007:371); casi nos sentimos empujados a llamarla *dialógica*, porque en su constante recomposición no reposa en síntesis alguna, siempre queda abierta a nuevas reformulaciones. De ahí, también, la dificultad para definir de forma finalista la ciudad o el territorio para capturarlas en un momento teórico único: *la dialógica del espacio excede cualquier intento de conceptualización estática*. Para comprenderla debemos adoptar una *perspectiva dinámica y situada*. La *historia* y el *lugar* son las coordenadas que nos permiten acceder a ella. El espacio, en consecuencia, debe ser pensado localmente²⁹; esta hipótesis no es más que el corolario que traduce al campo epistemológico la lógica según la cual *las ciudades, los territorios y las técnicas concebidas para su ordenación se han producido históricamente en respuesta a conflictos locales*, como pudimos comprobar en la investigación de nuestros estudios de caso.

En esta pauta el espacio es sucesivamente *producido* y *reproducido* como relación social y, al mismo tiempo, *produce* y *reproduce* las relaciones sociales; de otra forma, los procesos de producción y reproducción del espacio se articulan en formas específicas a los de producción y reproducción de las relaciones sociales en el espacio. ¿Cómo aspirar a una forma de comprensión sistemática de estos

²⁸ Para un estudio más cercano, ver Sevilla (2004).

²⁹ 'Local' no responde aquí a una denotación de escala (por oposición a 'supralocal', 'regional', 'global', etc.), sino en sentido estricto, a lo relativo al *locus*, al 'lugar'.

procesos de procesos, si no en su materialidad misma, en su concreción histórica? Por otra parte, una adecuada *composición de lugar* habrá de dar cuenta de las distintas dimensiones que componen cada uno de dichos procesos. Por no hablar ya de las evidentes dimensiones económica, política, jurídica, cultural, etc., en esa línea encontramos una fructífera pero interrumpida tradición de pensamiento, de las *espaciologías triádicas* propuestas por Lefebvre —espacio *físico* (naturaleza), espacio *mental* (abstracciones formales del espacio) y espacio *social* (espacio de la interacción humana); o la más conocida compuesta por las *representaciones del espacio* (espacio conceptualizado), *espacios de representación o representacionales* (espacios vividos) y *prácticas espaciales* (mediadoras entre los anteriores) (Goonewardena, 2011; Lefebvre, 1991; Stanek & Schmid, 2011)— o su noción de *espacio diferencial*, a las críticas que Lipietz, siguiendo las aportaciones de Althusser, lanza contra la concepción coespacial del espacio —la idea de que se puede delimitar una región o ámbito en razón de características homogéneas—, sustentada en una burda simplificación que abstrae y recorta la complejidad del espacio.

A lo largo de nuestra tesis propusimos diversos modos de acercamiento a estas formas necesarias de 'conocimiento situado'. En la primera parte, por ejemplo, y ante las limitaciones de la clásica divisoria campo-ciudad, optamos por concebir el *territorio* como un conjunto de códigos *del* espacio y *en* el espacio, como *espacio codificado*, una trama de patrones espaciales de trabajo, intercambio, consumo, tradición, ocio, comunicación, con sus respectivos agentes, alianzas sociales, instituciones, etc. que, desde luego, no se corresponden con *la* ciudad o *el* campo, sino con *ciertos* tipos de ciudades y *ciertos* tipos de campo o, más aún, con ciertas partes de los mismos y según ciertos modos que terminan formando redes específicas de relaciones sociales. Si atendemos a éstas y no a la forma física del territorio —que en última instancia no es más que *una* de las variables en la composición de lugar— descubriremos la pertinencia de una aproximación que emplee categorías analíticas diversas a las utilizadas habitualmente. En ese sentido, y tomando los conceptos empleados por Raymond Williams para estudiar ciertas formas culturales, en esa primera parte hablamos de territorios directores, territorios emergentes y territorios residuales, categorías que pueden trasladarse, salvando los matices, a otras escalas. De modo análogo, hablamos de *territorialidades* para referirnos a los modos de prácticas espaciales que los distintos agentes implicados en la producción del espacio adoptan. En el sentido que Sack le otorga, la territorialidad es «*una conducta humana que intenta influir, afectar o controlar acciones mediante el establecimiento de un control sobre un área geográfica específica*» (Sack, 1986:1) y cumple, entre otras, con la misión de reificar el poder, vinculándolo directamente al territorio.

Desde luego la atención a las territorialidades de los distintos grupos humanos —territorialidades de clase, de bloque, de élites, populares, subalternas, multitudinarias, etc.— conduce irremediabilmente al lugar común del antagonismo en la forma de una *lucha de territorialidades*, trasunto de la lucha de clases *en* el espacio y *por* el espacio. Ya hemos subrayado previamente esta condición del *espacio como campo de batalla* fundamental de dichas luchas y la importancia que supone para cada grupo social —especialmente las élites embarcadas en una transformación de la base material—, en cada fase histórica, prevalecer,

materializar o mantener sus prerrogativas sobre el territorio. En esta encrucijada antagonista, el control del espacio no apunta simplemente a la soberanía sobre las dimensiones hasta ahora señaladas, sino que las supera y subsume en un nuevo nivel. El territorio se convierte en el nodo en que confluyen dos planos fundamentales y complementarios en la construcción de la hegemonía y la capacidad de gobierno: el *geopolítico* —la cristalización espacial de las transformaciones derivadas del acceso de la región o nación en cuestión a un determinado *status* en el sistema-mundo capitalista— y el *biopolítico* — la reificación y situación de las transformaciones y resistencias que afectan a la reproducción de las poblaciones-soporte y sus relaciones sociales como consecuencia directa de aquéllas. La intersección de estos dos planos se produce, como decimos, en un espacio local susceptible de ser identificado por los grupos y bloques en pugna como uno de los frentes de la batalla y que, en ese sentido, recibirá un abanico de políticas diversas. Esta escritura del espacio, esta regionalización cotidiana (Werlen, 1993) por los poderes y contrapoderes en oposición conduce, en suma, a la articulación de una *economía política de la producción de espacio*.

En los apartados anteriores hemos realizado algunos acercamientos a los modos en que cada grupo, clase o bloque toma parte en este proceso. Para intentar prevalecer en la lucha por el control del espacio harán uso de su capacidad para organizarlo y organizarse en él —desorganizándolo, simultáneamente, a su opositor—, de su facultad para localizar o desplazar sus respectivos recursos en el territorio — capital, cualificación, soportes informales a la producción y la reproducción, instituciones de control y mando...—, etc. A lo largo de nuestra investigación tuvimos ocasión de identificar las evoluciones de cada agente en esta dinámica, constatando la paulatina progresión de las élites económicas que, desde una posición vulnerable en la trama de territorialidades precapitalista, aprenden lentamente y por distintos medios a contrarrestar, contener, desplazar y suprimir la capacidad popular de organización autónoma del espacio, a *desposeer* a la multitud de esta forma de independencia, de estos *capitales sociales* para la *autogestión del lugar*.

En sucesivos episodios encontraremos a estas élites intentando definir un soporte territorial favorable a sus intereses, aunque como veremos el periplo dista de ser lineal o uniforme. Sólo adoptando una postura idealista y haciendo un violento ejercicio de abstracción podríamos sugerir un proceso articulado en torno a arquetipos ideales. En esta perspectiva, la burguesía habría concebido en un determinado momento un *modelo* territorial ajustado a sus necesidades, una especie de 'espacialidad capitalista pura'; por ejemplo:

«*División del trabajo en ramos autónomos, separación del productor de sus medios de producción, papel dominante de la circulación en la reproducción de las relaciones sociales: todo eso sugiere un zoning funcionalista cimentado por un sistema de transportes y comunicaciones. Separación entre la ciudad y el campo, separación en la ciudad de las funciones de dirección, de valorización, de los procesos de trabajo, de reproducción de la fuerza de trabajo, de realización de los productos, etc.*» (Lipietz, 1979:35)

En una lectura más cercana y siempre desde esta postura idealista, se trataría simplemente de ajustar el hipotético modelo a las sucesivas fases y estancias en la

evolución del modo de producción capitalista, desde el punto de vista del proceso de trabajo —manufactura, gran industria, automatización...—, del régimen de acumulación/regulación —competitiva, fordista, postfordista...—, etc. Cada una de ellas dispondría de su particular declinación del modelo, que habría de enfrentarse a los territorios realmente existentes, profundamente contaminados de otras trazas de modos de producción precapitalistas y no capitalistas. En dicho esquema la planificación haría las veces de puente entre el territorio real y el territorio ideal, ajustando el primero al segundo en un proceso homogéneo.

Este tipo de hipótesis, cercanas a los planteamientos simplificadores de la economía neoclásica, pueden servir de lectura teórica preliminar, pero no nos llevan demasiado lejos. Volvemos a insistir: la historia de la producción del territorio nos obliga a descartar cualquier esencialismo, tanto en relación a los agentes implicados como a sus respectivas estrategias. En referencia al esquema anterior y en cada caso tendríamos que preguntarnos ¿a qué burguesía nos referimos? ¿Cuál es la composición de esas élites económicas, su relación con el resto de grupos sociales, su articulación a los aparatos institucionales del momento? Como veremos, la fragmentariedad y variabilidad de las alianzas que sustentan los liderazgos sociales son una parte del motivo por el cual nos es imposible identificar agentes capaces de esa concepción holística de modelos territoriales ideales a lo largo de la historia. La otra se debe, desde luego, a esa dinámica evolutiva que hemos reconocido en la formación de las herramientas de planificación, subordinada a la solución de problemas locales. Los modelos territoriales y la propia planificación urbana no han surgido de la nada; del mismo modo que la propia formación social, éstos se han ido configurando paulatinamente y de forma discreta por adición de aspectos, herramientas y medidas parciales derivados, en cada momento, de la reflexión de conflictos situados.

Esta situación de operación en un entorno complejo no refuta, más bien al contrario, esa lógica de mediación entre el territorio real y deseado que hemos atribuido a la planificación. En efecto y precisamente por ese *carácter aplicado*, local, de nuestra técnica, ésta ha debido insertarse siempre en el interior del *heteromorfismo del espacio*, respondiendo *en cada caso* a solicitudes *concretas* que demandaban reformas *parciales*. En este sentido se ha limitado a jugar un papel de acompañamiento similar al de otros mecanismos del aparato institucional de regulación social —escuelas, políticas laborales, etc.—, pasando de una posición marginal en el mismo a otra de plena consolidación e integración en la vida pública, transfiriéndose más adelante a través de canales disciplinares, académicos, a otras geografías.

Siguiendo la línea implícita en la concepción de 'territorio' como 'espacio codificado' a la que antes nos referíamos y apropiándonos de los conceptos de Deleuze y Guattari —aunque, ciertamente, asignándoles un suelo empírico muy concreto—, a lo largo de la tesis hablamos también de *desterritorialización* y *reterritorialización* en alusión a los procesos de decodificación y recodificación de los territorios, a las dinámicas por las cuales los instrumentos que cada grupo social se otorga en la lucha de territorialidades son destinados, en primer lugar, a bloquear o suprimir los códigos territoriales opuestos a sus intereses y, después, a sustituirlos por otros afines. En todo caso, insistimos, la complejidad de los territorios que reciben estas prácticas hace que se trate de un proceso discreto, que procede por

acciones de mayor o menor envergadura, pero que nunca propicia una sustitución completa de la trama de códigos encarnados en el espacio. Nunca ha habido en la historia posibilidad para la *tabula rasa* —ni siquiera en los casos extremos de los totalitarismos modernos—, salvo en las cándidas mesas de dibujo de los arquitectos. Las relaciones sociales no son, en suma, la tierra plana sobre la que se asienta el capital, sino un territorio accidentado, que conlleva un aterrizaje difícil; en consecuencia, lo económico tiene que realizar previamente su particular reconfiguración topográfica —sus ‘desmontes’ y ‘rellenos’— para poder ejecutar su peculiar “allanamiento de morada”.

Así pues, la planificación urbana y territorial constituye un dispositivo gubernamental integrado en el aparato institucional responsable de la regulación de la reproducción social. Dentro del mismo ésta se ocupa de activar y dirigir los *procesos localizados de desterritorialización/reterritorialización* de las relaciones sociales que contradicen u obstaculizan el avance de los sucesivos bloques dominantes en cada fase histórica y cada geografía del capitalismo, contribuyendo a la consolidación de sus hegemonías mediante un desvío —una reificación— en las formas de ejercicio del poder. En su condición de *agente orgánico* en la construcción de dicha hegemonía, la planificación ha materializado históricamente estos procesos como acciones duales de *desorganización de los grupos de población antagonistas* —los que, en la tesis y a lo largo del tiempo, identificamos como ‘multitud’— y *reorganización heterónoma* de los mismos. En consecuencia, ha seguido una lógica de *acumulación por desposesión* que excede la mera dimensión material relativa a los medios de producción, extendiéndose a la *supresión del conjunto de capacidades comunitarias para organizar autónomamente, para autogestionar el espacio* —para ‘poseerlo’—, aún sin contar con dominio jurídico alguno sobre el suelo. En su contribución a los modos de gobierno de la formación social, la planificación ha efectuado un prolongado periplo, pasando de un estado inicial de *políticas duras*, sumamente toscas en sus procedimientos —con intervenciones directas sobre los elementos fundamentales de esa posesión (recursos y relaciones económicas en forma de derechos, costumbres...)—, a otro de madurez y sofisticación instrumental, con *políticas blandas* que le permiten intervenir indirectamente sobre las condiciones de entorno de dichas relaciones económicas, sobre los capitales sociales y las propias representaciones comunitarias de la multitud, y ofrecer, en contrapartida a los espacios sociales perdidos, alternativas viables para el despliegue de la reproducción de la fuerza de trabajo. De todo este cuadro emerge que, en la bipolaridad entre la dimensión *productiva* y *reproductiva* de la planificación urbana y territorial, esta última ha jugado históricamente un papel protagonista respecto a la primera, al menos durante el largo período de tres siglos de formación y consolidación del modo de producción capitalista. La planificación y la ordenación del territorio bajo el capitalismo no deben ser entendidas, en consecuencia, como máquinas de crecimiento, sino en primer lugar y de forma fundamental como *máquinas de desposesión*.

TERCERA PARTE. SÍNTESIS DE LA INVESTIGACIÓN

8 MAPA DE LA INVESTIGACIÓN

En primer lugar, como hemos señalado, nuestra investigación presentó un *argumento vertebrador* que muestra, a partir del análisis de la interacción y co-determinación entre evolución de los modos de reproducción social y evolución de la disciplina urbanística, las vías por las que la planificación se ha construido bajo el capitalismo como dispositivo responsable de regular la dimensión espacial de la reproducción social, transformando el territorio para la superación de los conflictos sociales a los que éste daba soporte espacio-temporal. En dicho proceso, la intervención sobre la ciudad y el territorio se ha desplazado e integrado paulatinamente en el aparato de técnicas de intervención sobre la población que han caracterizado a los regímenes de gobierno modernos y contemporáneos (Elden, 2007; Foucault, 2008). Así, la planificación del territorio ha asumido cada vez más una naturaleza biopolítica, ubicando en el centro de sus cometidos la articulación espacial del proyecto de desposesión de la multitud —el cuerpo social del trabajo— en base al cual el capitalismo ha asegurado históricamente su reproducción ampliada. Este proceso, sin embargo, se ha desplegado de forma diferencial en distintos espacios y con distintos ritmos, según combinaciones históricas concretas de las siguientes estructuras sociales:

- Estructuras económicas: jerarquía de modos y submodos de producción, grado de desfase relativo de la evolución de las relaciones de producción en relación al desarrollo de las fuerzas productivas...
- Estructuras de poder: régimen de alianzas que componen los bloques sociales, modos de ascenso a la condición hegemónica, antagonismos relativos interclásistas e intraclásistas en la lucha de bloques...
- Estructuras de reproducción social: modos de vida cotidiana, patrones de consumo, prácticas de socialización, mecanismos e instituciones de transmisión intergeneracional de la experiencia...
- Estructuras de sentimiento: sistemas de representación social, patrones de producción y reproducción de subjetividad, formación de identidades, códigos de deseo...
- Estructuras espacio-temporales y territoriales: modos de regionalización y uso de la ciudad, pautas de división económica y social del territorio, economías políticas de la producción de espacio y patrones de regulación de la misma, interacción entre territorios existentes, nuevos territorios y procesos de reterritorialización...

Así, la investigación se aplicó a una serie de casos con el doble objetivo de describir de forma pormenorizada los modos en que estas estructuras se articulan en un espacio-tiempo concreto y de multiplicar las dimensiones significativas de cada una de las intersecciones entre ellas, verificando su relación con el desarrollo de las

técnicas de planificación. En conjunto, el trabajo se ofrece como propuesta de una nueva senda de investigación para los estudios urbanos —senda que privilegia el punto de vista de los *planificados* sobre el de los *planificadores*, de los *gobernados* sobre el de los *gobiernos*, de los *desposeídos* sobre el de los *desposeedores*—, a modo de episodios preliminares de un proyecto pendiente de construcción. A pesar de su carácter parcial en esa nueva historia general, dichos episodios recogían tres movimientos fundamentales en la evolución de los mecanismos espaciales de desposesión, centrándose en momentos clave en el cambio y renovación de esa estructura de estructuras a la que nos referíamos.

8.1 A curse upon the land: enclosure y tierras comunales en la transición inglesa del feudalismo al capitalismo

En primer lugar, durante la transición inglesa del feudalismo al capitalismo el proceso de desposesión se presenta en su papel más crudo y directo como desposesión de los medios de producción y de la capacidad de organizar el ciclo de trabajo social y la vida cotidiana hasta entonces asociada a la enfiteusis y sus beneficiarios. En el período que en Inglaterra media entre la revolución burguesa del XVII y la revolución industrial de finales del XVIII y principios del XIX, la supervivencia en el tiempo de las tierras y derechos comunales como remanente social, económico y territorial de formaciones pretéritas, permitía una prolongación de la autonomía material y valorativa de los trabajadores rurales y sus comunidades que impedía su sometimiento al régimen salarial como jornaleros u obreros en la manufactura emergente. Se trataba de territorios sociales surcados por códigos consuetudinarios e identitarios muy marcados, soporte de formas de organización colectiva que escapaban a la lógica mercantil. Este universo espaciotemporal precapitalista:

«Se caracteriza[ba] por unas relaciones estrechas entre el campo y la ciudad, un ritmo de trabajo marcado por las estaciones naturales y estabilizado por las costumbres, una separación incompleta entre las actividades productivas y las domésticas, y una dominación de las relaciones extramercantiles sobre las relaciones mercantiles en el modo de consumo; dándose esas relaciones extramercantiles en el seno de la familia ampliada y en las relaciones de vecindad» (Aglietta, 1979:57-8)

Los recursos comunales y las fuentes informales de ingresos asociadas a ellos permitían una independencia y libertad que se traducían en un empleo extraordinariamente heterogéneo del espacio y el tiempo, dedicado sin un patrón o un plan preconcebidos a distintas actividades que, para las clases dominantes — terratenientes llegados de la ciudad tras sus aventuras mercantiles, viejos aristócratas reciclados al nuevo orden, etc. — se sucedían o solapaban sin orden aparente. Dichas prácticas, sobre todo, estaban sometidas en buena medida a la voluntad del individuo y a las influencias de la comunidad, como en las frecuentes interrupciones del trabajo para participar en las faenas de otros o en improvisados eventos sociales. Todo ello hacía imposible la formación de un ejército de fuerza de trabajo asalariado regular y disciplinado.

En respuesta el nuevo bloque *gentry* en ascenso apostará a partir del período revolucionario por la normalización y desarrollo de la técnica del *enclosure* como procedimiento legal para propiciar una dinámica dual de acumulación por desposesión que les permitiría a un tiempo concentrar sus propiedades, ampliarlas y eliminar las tierras comunales y todas las formas de organización familiar y parroquial a ellas asociadas. En este caso, por tanto, las políticas territoriales operan directamente —sin contrapartida material o discursiva— sobre las relaciones de propiedad con el fin de transformar los modos de reproducción social; esto hace de ellas herramientas toscas desde una óptica hegemónica, a pesar de la sofisticación técnica de sus mecanismos — se trata de procesos que cuentan ya con sus propios elementos de información y participación pública, alegaciones, etc. En su articulación a las formas de capital inmobiliario de este período de transición, el *enclosure* presentará también y progresivamente una finalidad agropecuaria, extractiva, infraestructural y urbanística, en paralelo a la formación de una nueva concepción de la propiedad, específicamente burguesa, y a la evolución del modo de producción. Aún más, el *enclosure* servirá también de paso previo a la consecución de los suelos sobre los que los Kent, *Capability* Brown, Repton despliegan sus conocidos ejercicios paisajísticos.



Figura 3. Badsey, Worcestershire (1812). *Enclosure Map* que acompañaba al *Award* de 1815, reflejando la distribución parcelaria post-operacional.

Fuente: The Badsey Society.

La respuesta y resistencia contra los cercamientos salpicará la Inglaterra rural a lo largo de todo el período y adoptará los más diversos rostros. Así, asistiremos a formas de antagonismo que van de las propuestas de *Commonwealth* comunista de los *Diggers* de Gerrard Winstanley en el XVII al movimiento en pro de la conservación de los *commons*, cuando, ya en plena eclosión industrial del XIX y ante la fiebre de apropiación de las tierras comunales para su desarrollo urbanístico, se forma uno de los primeros reformismos urbanos ingleses, anticipándose y después coexistiendo con el más conocido movimiento en favor de la creación de parques públicos.

8.2 La reforma y la furia: Manhattan, los barrios populares y el nacimiento de la planificación orgánica en el siglo XIX.

El XIX ha sido habitualmente presentado como el siglo de la reforma, pero para hacerle justicia deberíamos hablar, por el contrario, del siglo de la revuelta urbana, respecto a la cual las medidas reformistas no son más que un mecánico y espantado corolario. Los desposeídos rurales se trasladarían definitivamente a las grandes ciudades mercantiles e industriales; en ellas, en un contexto en el que las administraciones locales se ven superadas por nuevos procesos de producción del espacio y socialización y no pueden —o no quieren, en su particular diagrama de *laissez faire*— hacer frente a las contradicciones espaciales de las nuevas economías, los migrantes reproducen su capacidad para autoorganizar la vida individual y comunitaria, escapando, de nuevo, al corsé valorativo del bloque hegemónico.



Figura 4. *Five Points*, en el *Lower Manhattan* (1827), representado como lugar de desorden y agitación.

Fuente: George Catlin.

Quizás ningún lugar muestre este patrón social de modo tan cristalino y extremo como Nueva York y, especialmente, *Manhattan*. En nuestro segundo sondeo dirigimos aquí la mirada, desplazando el ámbito y la escala de análisis pero preservando la continuidad temporal de nuestro estudio. Las crisis económicas de principios del XIX rompieron la continuidad del liderazgo comercial de las tradicionales bases portuarias de Nueva Inglaterra y convirtieron a Nueva York en la puerta del continente al Atlántico, controlando hacia mediados de siglo casi tres cuartas partes del comercio marítimo de la nación. El proceso de cambio social desencadenado por este auge económico será extraordinario. En pocas décadas se suceden varias renovaciones del mapa social de la ciudad, con periódicas huidas de las clases acomodadas hacia el norte conforme las nuevas remesas de inmigrantes ocupan áreas crecientes del *downtown* histórico, especialmente en el *Lower East Side*.

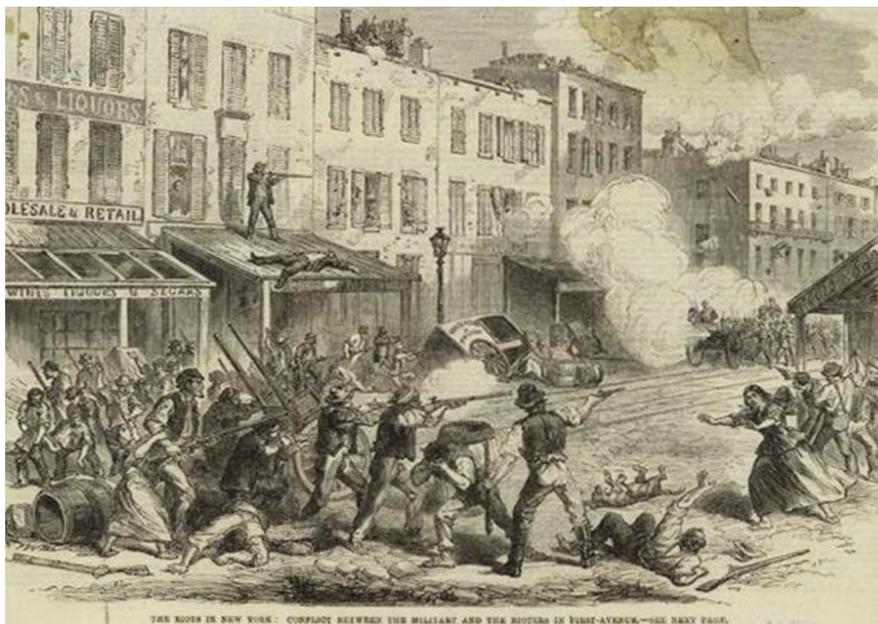


Figura 5. Los *Draft Riots* (1863): la turba se enfrenta al ejército en la *First Avenue*.

Fuente: *Harper's Weekly*.

La conflictividad de estos nuevos barrios populares, que acumulaban población en los viejos edificios de la clase alta, en chabolas insertas en los intersticios del tejido urbano o en los nuevos *tenements*, era proverbial. Entre 1834 y 1837, por ejemplo, se sucedieron en *Manhattan* al menos cinco episodios de revuelta que exigieron la intervención del ejército. En las décadas siguientes se producirán los *riots* más cruentos, llegando a alcanzar cifras de millares de muertos, además de daños materiales que, como en el caso de los *Draft Riots* de 1863, podían ascender a más de 5.000.000 \$, centenares de edificios incendiados, miles de personas sin hogar, etc. Estos y otros aspectos de vicio y disipación de la vida en los barrios populares son los que han llegado a nosotros a través de la *ecología del miedo* divulgada por la prensa burguesa y posteriores reelaboraciones sobre ésta; la más notoria de

ellas, la antología periodística de Herbert Asbury *The Gangs of New York* (2003), no es más que una mitografía preparada seis décadas después³⁰, en un tono sensacionalista y demonizador que prelude las inmediatas cruzadas de *urban renewal* contra el *downtown*.

La realidad material de los barrios populares era, sin embargo, muy distinta, lo cual desde luego no restaba un ápice a su potencial conflictivo. Más allá de la periódica eclosión de disturbios, los recién llegados habían recurrido a una nueva forma de territorialidad radical para poder reorganizar sus existencias reproduciendo, en un entorno hostil, los patrones identitarios y comunitarios del Viejo Mundo y formando redes que, de nuevo, escaparían a la lógica mercantil y a los deseos de sus patrones. Este fenómeno era posible gracias a las prácticas de gobierno local que la camarilla demócrata de *Tammany Hall* y los *lobbies* afines venían desplegando sobre la ciudad durante décadas, ejerciendo un *'laissez-faire* social' que propiciaba una permisividad absoluta a las instituciones informales de los nuevos inmigrantes como contrapartida al apoyo de éstos en las urnas. De este modo surgirá y se desarrollará un proceso de socialización y uso del espacio extraordinariamente complejo, articulado sobre la base de la segregación étnica espontánea, en el que junto a los característicos canales de presión y extorsión de los capos de barrio —a menudo relacionados con la gestión inmobiliaria— aparecen redes de intercambio informal, ayuda mutua y protección frente al entorno.



Figura 6. El *Mulberry Bend Park* (*Lower Manhattan*), en 1912. El parque fue diseñado por Calvert Vaux e inaugurado en 1897 gracias a los esfuerzos del reformista Jacob Riis. La prensa proclamaba: *'La luz vuelve a Five Points'*.

Fuente: C.D. Lay.

Pero este universo asociado al auge mercantil de la ciudad entraría en conflicto tras la guerra civil con los intereses de un sector importante de la emergente clase industrial, que tenía una idea muy distinta del orden social que precisaba su proyecto hegemónico. Las contradicciones espaciales de los barrios populares se convertirán entonces en el principal campo de batalla entre el viejo bloque

³⁰ El trabajo de Asbury forma además parte de su serie de *bestsellers* subtitulada *Informal Histories of the Underworld* que se completa con ensayos similares para San Francisco, Nueva Orleans y Chicago, publicada entre 1928 y 1940.

demócrata y el nuevo bloque republicano, abriéndose en las décadas restantes del XIX un abanico de iniciativas de reforma urbana dirigidas a controlar y modificar los modos de vida y conducta de las clases trabajadoras. A los programas de corrección y elevación de las clases populares a un estado superior de cultura y educación, que en materia urbanística aparecen no sólo con la nueva red de colegios sino, sobre todo, con la creación de parques y sistemas de parques —la particular aportación del arquitecto-paisajista Frederick L. Olmsted, en la estela del discurso del trascendentalismo norteamericano sobre los efectos de la naturaleza sobre la conducta humana—, se contraponen operaciones de ataque y destrucción del espacio público y el tejido urbano como la creación de grandes infraestructuras —el tren elevado, los puentes, etc.— que penetraban y rompían el cuerpo del *downtown* a través de los barrios más conflictivos.

Entre ambos extremos se despliega todo un espectro de políticas: las primeras reformas interiores —vaciado de manzanas para creación de plazas, parques o edificios públicos— promovidas por Jacob Riis; las iniciativas para la creación de una vivienda digna para obreros ejemplares, la regulación de las tipologías residenciales y la incentivación pública de buenas prácticas privadas a nivel inmobiliario y ambiental; la redacción de ordenanzas de zonificación que separarían paulatinamente los espacios de trabajo de los espacios de reproducción; la creación de documentos holísticos de planificación urbana que consolidan y desarrollan los mapas sociales de la ciudad... A todas ellas se unirían las propias dinámicas de producción del espacio residencial y terciario que, desde finales del XIX, al calor de la recomposición industrial-financiera que sigue a la Gran Depresión de 1873-1896, se concentrarían sobre el *Lower Manhattan*, expulsando paulatinamente a las clases populares hacia el norte o a los suburbios y alumbrando así una nueva división económica y social del espacio.

8.3 *Gemeinschaft / Community*: la construcción de la Ciudad Normal en Alemania y EE.UU. entre las grandes depresiones del s. XIX y el XX

La tercera y última parte de nuestra tesis realizaba otro salto en la escala de análisis para estudiar la evolución de las técnicas urbanísticas y los modelos territoriales que Alemania y EE.UU. —países entregados a profundos procesos de cambio social como consecuencia de su pugna por la hegemonía mundial tras el declive británico—, ponen en marcha en respuesta al desafío obrero y como solución a los estancamientos cíclicos de la industria, entre la salida de la Gran Depresión del XIX y la Gran Depresión de la década de 1930. En las anteriores fases los esfuerzos de las técnicas de racionalización del espacio-tiempo social habían conseguido suprimir o neutralizar las formas de existencia contradictorias con el nuevo régimen, con el resultado recurrente de la reproducción del conflicto a otra escala, un 'retorno de lo reprimido' cuya última versión era el 'obrero sindicado'. Con esta nueva dimensión de la auto-organización multitudinaria y a medida que, desde finales del XIX, el movimiento obrero adquiría autonomía política, el antagonismo había rebasado los barrios populares para extenderse a la fábrica y al conjunto de la formación social. Parecía evidente a esas alturas que la regulación espacial de la

multitud no podía limitarse a una tarea de 'desposesión' meramente destructora. Las prácticas de des-organización espacial de la población debían complementarse con y articularse a un ejercicio posterior de re-organización en términos heterónomos que evitase la posibilidad de una ulterior reproducción del conflicto, habilitando una cadena de reproducción social capaz de proporcionar una vida satisfactoria a los ciudadanos, asegurando su desmovilización política y su incapacidad para reactivar un ciclo autónomo de valorización social. Es durante este período cuando el capitalismo, al calor de la formación de las primeras políticas de *welfare/Wohlfahrt*, asume la responsabilidad de segregar y regular de modo integral las distintas dimensiones de la vida en la ciudad —trabajo, vivienda, tiempo libre, consumo, etc.—, tarea que desarrollará en el marco de un nuevo modo de producción de subjetividad.



Figura 7. *Gartenstädte: Siedlung Staaken* (1914-7), planificada por Paul Schmitthenner para el Ministerio del Interior y la *Königliche Werkstätten*, una fábrica de municiones.

Fuente: Kiem (1997)

Desde el cambio de siglo una extraordinaria serie de propuestas que transitan todo el espectro político orgánico al capital se suceden para la creación de un nuevo hábitat reformado en el que el sujeto disciplinado —sin antecedentes penales, abstemio, con cualificación laboral y familia poco numerosa, no afiliado a sindicatos o partidos de izquierda, etc. — recibirá los beneficios de las nuevas políticas de trabajo y vivienda. En contrapartida, aquellos grupos que resistan, voluntariamente o no, la proyección del modelo dominante sobre sus formas de socialización serán estigmatizados y sometidos a un régimen específico de prácticas de persecución y marginalización. Los empresarios, en su condición de vanguardia del *welfare*, impondrán inicialmente a sus plantillas este régimen de *stick & carrot*, esquema que las propias administraciones públicas —en un pasaje de transferencia de políticas

espectacular pero poco estudiado y casi nunca reconocido— ampliarán con posterioridad para su extensión al conjunto de la sociedad-fábrica en una lógica de producción de desarrollo social desigual que cristaliza en las modernas divisiones económicas y sociales del espacio. Durante este período la planificación urbana de iniciativa pública o privada concentra la atención en la dimensión comunitaria y concurre a ese proceso con nuevas categorías en las que se integran tanto las técnicas maduradas en las décadas precedentes como las perspectivas biopolíticas que acabamos de señalar. La 'comunidad' se convierte en esta época en un espacio de experimentación donde los asentamientos humanos y las formas de socialización de la vida cotidiana son depurados de su autonomía y conflictividad pretérita, declinándose en toda una constelación de modelos que siguen en su evolución a la constante reconfiguración de las estructuras económicas y los modos de gobierno coetáneos: *company-towns* y *Arbeiterkolonien*, suburbios industriales y ciudades-jardín, poblados de guerra, *Siedlungen*, *neighborhood units*... Si durante los años 1920 la *New Era* de Hoover y la Alemania de Weimar presentan patrones de gestión del conflicto obrero opuestos —persiguiendo a los sindicatos en el primer caso, integrándolos al sistema en el segundo—, ambas coincidirán, sin embargo, en su apuesta común por una redefinición de los modos de vida impulsada institucionalmente y en la inexorable articulación de ésta a la expansión inmobiliaria y la formación de un nuevo modelo territorial. La tragedia de ambas experiencias históricas es, precisamente, su incapacidad para extender dicho modelo al conjunto de la clase trabajadora, una limitación que conducirá al sistema al callejón sin salida del 1929, indisolublemente ligado a las turbulencias financieras desatadas por los *booms* precedentes en el sector de la construcción.



Figura 8. *War communities: Yorkship Village* (1918), planificada por Electus Lichtfield para la *Emergency Fleet Corporation* y los astilleros militares de Camden, New Jersey.

Fuente: www.fairview.ws

Ya entrados en la Depresión de los años 30 del s. XX, la tendencia en ambos países a la confluencia de los intereses de la gran industria monopolista y los programas públicos de *welfare* culminan en los *a priori* antagónicos modelos del *New Deal* y el *III Reich*, cuya andadura comienza prácticamente al unísono en 1933. Inaugurando un nuevo período que aspiraba a la construcción de un Estado-Plan, tanto EE.UU. como Alemania se entregarán inicialmente a utópicos programas de reestructuración sistemática del nexo población-territorio, persiguiendo una *vuelta a la tierra* de los excedentes de fuerza de trabajo industrial desempleada concentrados en las grandes ciudades, una multitud en la que el espectro de la revolución podía tomar cuerpo súbitamente. Las perspectivas de recuperación económica, apenas dos o tres años después, propiciarían en ambos países la marginación de esos programas iniciales en beneficio de alternativas de mediación de carácter suburbano —las *Greenbelt Towns* de Rexford Guy Tugwell, las *Mustersiedlungen* del *Deutsche Arbeitsfront*— concebidas desde posturas ideológicas antagónicas pero con una visión común de control del espacio-tiempo social, una línea de la que también participan los programas de recolonización de la *Tennessee Valley Authority* y la *Rasse- und Siedlungshauptamt* de las SS.

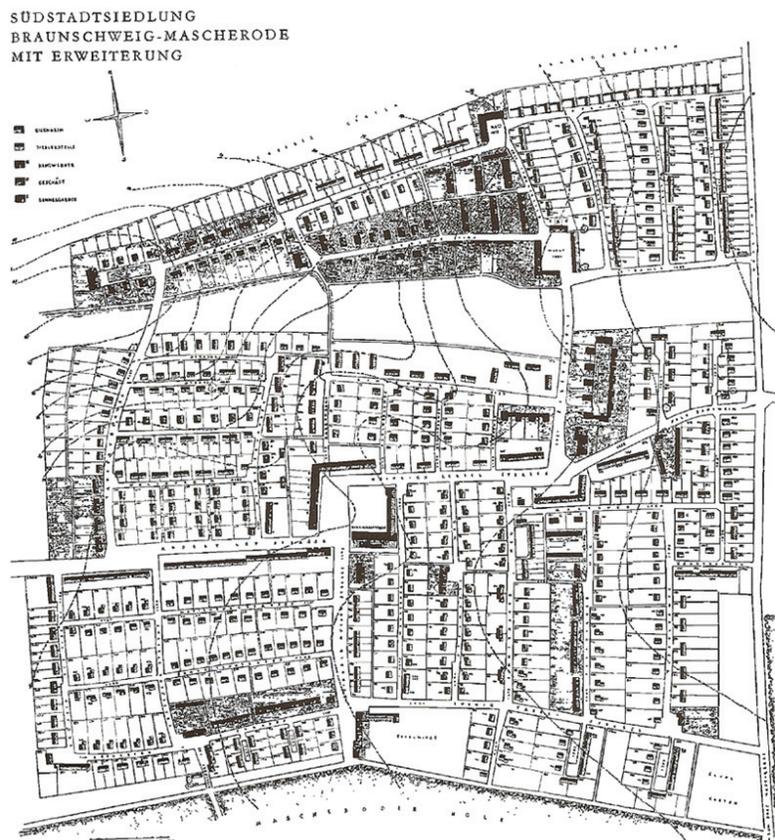


Figura 9. DAF-Mustersiedlung Braunschweig-Mascherode (1935-6): colonia modelo promovida por el sindicato único del partido nacionalsocialista.

Fuente: Mittmann (2003)

Asimismo, las iniciativas reservadas por el *New Deal* y el Tercer *Reich* para la ciudad consolidada coinciden en su vocación de reescribir los significados de la comunidad en los centros históricos de la misma, un campo en el que, en todo caso, la afición común a las actuaciones a base de derribos sistemáticos del viejo tejido urbano no debe distraer nuestra atención sobre el carácter diferencial con el que aquella reescritura es operada. En el caso estadounidense el asedio al *downtown* y los restos de la vieja comunidad popular se despliega en un plano social, inaugurando en esta época el régimen de exclusión que, articulando *slum clearance*, promoción pública de vivienda y producción de población excedente, habrá de prefigurar el patrón del *urban renewal* y *public housing* de postguerra.

En Alemania, por el contrario, la reterritorialización de la ciudad histórica atiende a propósitos específicamente ligados a la producción de un espacio de representación política para la *Volksgemeinschaft* (comunidad nacional-popular) auspiciada por el *Reich*, si bien, desde luego, las operaciones tenían una magnitud material y un importante efecto de desplazamiento de las poblaciones residentes en los ámbitos de intervención. Que los 'negativos' correspondientes de estas estrategias de intervención en la ciudad consolidada fueran asimismo antitéticos no implica, sin embargo, que las respectivas agencias se alejaran en ningún momento de esa nueva lógica de producción del desarrollo social desigual: en el caso estadounidense el suburbio de clase media y promoción privada que se hace dominante a partir del 1936 hace las veces de contraparte 'normal' a la «comunidad *contrahecha*» del *downtown*; en el alemán, los *Gemeinschaftsfremde*, los 'ajenos a la comunidad' excluidos de la *Volksgemeinschaft* (comunidad nacional-popular), serán asimismo expulsados de las moradas áulicas que ésta habría de encontrar en los centros reconstruidos de las ciudades, siendo desplazados al *ghetto* o al campo de concentración.

En ambos casos, en definitiva, una razón excluyente, una geografía de la abyección, ha tomado el cuerpo de la disciplina en su subsunción en los aparatos de gobierno biopolítico, una dinámica que, sin repetir las sendas extremas de los años 1930, habría de consolidarse y desarrollarse durante la postguerra.

9 EPÍLOGO

Estos eran los espacios-tiempos históricos a cuyo sondeo se entregó la tesis doctoral que el presente texto introducía. Por su excesiva complejidad y por la extensión del resultado de la investigación, aquí apenas pueden recordarse en la forma de un leve esbozo.

Creemos, con todo, que será suficiente para justificar uno de los argumentos que deseáramos trasladar a los lectores y a otras iniciativas de investigación: la necesidad de construir *historias del presente*, de mirar al pasado para comprender nuestro mundo antes de elaborar apresuradas perspectivas, de explorar los fragmentos de racionalidades pretéritas que subyacen y perviven en la práctica contemporánea de nuestra disciplina. Pero todo ello, no con el fin de perpetuar el ejercicio laudatorio que los compone y eleva a una condición mítica en base a su supuesto afán cívico, sino para restituirles su auténtica e irreducible condición de

cenizas, de restos dispersos en el paisaje de ruinas de nuestro pasado, bajo los cuales «*la tradición de todas las generaciones muertas pesa como un fantasma sobre el cerebro de los vivos*»³¹. En definitiva, leer en el tiempo el sentido que hoy, en un nuevo período de cambio social, parece haber escapado de nuestras manos.

³¹ Según la traducción que Jacques Derrida hace del famoso aserto marxiano en su *Spectres de Marx* (1993:176).

10 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aglietta, M. (1979); *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los EE.UU.* Madrid: Siglo XXI.
- Arrighi, G. (1999); *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época.* Tres Cantos, (España): Akal.
- Asbury, H. (2003); *Gangs de Nueva York.* Madrid: Edhasa.
- Benjamin, W. (1975); "El autor como productor", en Benjamin, W., *Iluminaciones III. Tentativas sobre Brecht.* Madrid: Taurus.
- Benjamin, W. (1979); *One-Way Street and Other Writings.* Londres: New Left Books.
- Bourdieu, P. (1972); *Esquisse d'une theorie de la pratique.* Paris: Droz.
- Bourdieu, P. (1980); *Le sens pratique.* Paris: Minuit.
- Bourdieu, P. (2000); *La distinción: criterio y bases sociales del gusto.* Madrid: Taurus.
- Boyer, R. (1992); *La teoría de la regulación: un análisis crítico.* Valencia: Alfons el Magnánim.
- Busquet, G. & Garnier, J.P. (2011); "Un pensamiento urbano todavía contemporáneo. Las vicisitudes de la herencia lefebvriana", *Urban*, nueva serie, 2, pp. 41-57.
- Cohen, G. A. (1986); *La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa.* Madrid: Editorial Siglo XXI.
- Copjec, J. (1994); *Read my Desire. Lacan against the Historicists.* Cambridge (Massachusetts): MIT Press.
- Crang, M. (2000); "Relics, Places and Underwritten Geographies in the Work of Michel de Certeau", en Crang, M. & Thrift, N. (eds.); (2000), *Thinking Space.* London & New York: Routledge.
- De Certeau, M. (2006); *La escritura de la historia.* México D.F.: Publicaciones de la Universidad Iberoamericana.
- De Lauretis, T. (1984); *Alice Doesn't: Feminism, Smiotics, Cinema.* Indiana, (Estados Unidos): Bloomington.
- Dean, M. (1994); *Critical and effective histories: Foucault's methods and historical sociology.* London: Routledge.
- Deleuze, G. (1991); "Posdata sobre las sociedades de control", en Ferrer, Christian (ed.) *El lenguaje literario.* Montevideo (Uruguay): Nordan.
- Derrida, J. (1993); *Spectres de Marx.* Paris: Galilée.
- Eagleton, T. (1998); *Walter Benjamin, o hacia una crítica revolucionaria.* Madrid: Cátedra.
- Elden, S. (2007); "Governmentality, calculation, territory", *Environment and Planning D: Society and Space* 25, pp. 562-80.

Elden, S., Gregory, D. & Sevilla Buitrago, A. (2011); "Espacios del pasado, historias del presente: en torno a los rastros de la historia espacial", *Urban*, nueva serie, 1, pp. 91-114.

Foucault, M. (1978). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.

Foucault, M. (1983); "The Subject and Power", en Dreyfus, H. & Rabinow, P., (eds.) *Michel Foucault, beyond structuralism and hermeneutics*. Chicago: The University of Chicago Press, pp. 208-226.

Foucault, M. (1997); *Historia de la sexualidad, 2: El uso de los placeres*. Madrid: Editorial Siglo XXI.

Foucault, M. (2006); *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*. Madrid: Editorial Siglo XXI.

Foucault, M. (2008); *Seguridad, territorio, población. Curso del Collège de France (1977-78)*. Madrid: Akal.

Foucault, M. (2009); *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-79)*. Madrid: Akal.

Gambino, F. (2007); "A Critique of the Fordism of the Regulation School", *The Commoner*, 12, pp. 39-62.

Goonewardena, K. (2011); "Henri Lefebvre y la revolución de la vida cotidiana, la ciudad y el Estado", *Urban*, nueva serie, 2, pp. 25-39.

Habermas, J. (1985); *La reconstrucción del materialismo histórico*. Madrid: Taurus.

Hardt, M. & Negri, A. (2002); *Imperio*. Barcelona: Paidós.

Hardt, M. & Negri, A. (2002), (2006); *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Barcelona: DeBolsillo.

Harvey, D. (2006); "Space as a Keyword", en Castree, N., & Gregory, D. *David Harvey: A Critical Reader*. Oxford: Blackwell, pp. 270-293.

Harvey, D.; (2007); *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Tres Cantos, (España): Akal.

Heidegger, M. (2009); *Ser y Tiempo*, (traducción de J. E. Rivera). Madrid: Trotta.

Heinrichs, H. J. & Sloterdijk, P. (2004); *El Sol y la Muerte: investigaciones dialógicas*. Madrid: Siruela.

Hobbes, T. (1651); *De Cive*, (edición digital a partir de London, R. Royston), recurso disponible en línea: http://en.wikisource.org/wiki/De_Cive (fecha de acceso: 19-09-2011).

Hughes-Warrington, M. (2008); *Fifty Key Thinkers on History*. London & New York: Routledge.

Huxley, M. (2006); "Spatial rationalities: order, environment, evolution and government", *Social & Cultural Geography* 7, pp. 771-787.

Jameson, F. (1976); "Figural Relativism, or the Poetics of Historiography", *Diacritics*, 6(1), pp. 2-9.

Kiem, Karl; (1997). *Die Gartenstadt Staaken (1914-1917): Typen, Gruppen, Varianten*, Berlin: Gebr. Mann.

Latour, B. (1993); *We Have Never Been Modern*. London: Harvester Wheatsheaf.

Lazzarato, M. (s.f.); "Multiplicité, totalité et politique", recurso disponible en línea: <http://www.generation-online.org/p/fplazzarato3.htm>, (fecha de acceso: 19-09-2011).

Lefebvre, H. (1984); *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza Editorial.

Lefebvre, H. (1991); *The Production of Space*. Oxford: Blackwell.

Lembcke, J.L. (1995) "Labor history's 'synthesis debate': Sociological interventions", *Science & Society*, 59(2), (acceso en versión sin paginar).

Lipietz, A. (1979); *El capital y su espacio*. México D.F.: Editorial Siglo XXI.

Luxemburg, R. (1978); *La acumulación del capital*. Barcelona: Grijalbo.

Massey, D. (1991); "A global sense of place", *Marxism Today*, june, pp. 24-9.

Marx, K. (1859); *Contribución a la crítica de la economía política*, Prólogo, edición digital en línea: <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm>, (fecha de acceso: 19-09-2011).

Mead, G.H. (1934); *Mind Self and Society from the Standpoint of a Social Behaviorist*, en línea: http://www.brocku.ca/MeadProject/Mead/pubs2/mindself/Mead_1934_toc.html, (fecha de acceso: 19-09-2011).

Merryfield, A. (2000); "Henri Lefebvre: a socialist in space", en Crang, M. & Thrift, N. (eds.); (2000), *Thinking Space*. London & New York: Routledge.

Mittmann, M; (2003). *Bauen im Nationalsozialismus. Braunschweig, die 'Deutsche Siedlungsstadt und die Mustersiedlung der 'Deutschen Arbeitsfront' Braunschweig-Mascherode. Ursprung – Gestaltung – Analyse*, Braunschweig, CW Niemeyer.

Nietzsche, F. (2007); *Humano, demasiado humano*. Madrid: Akal.

Painter, J. (2000) ; "Pierre Bourdieu", en Crang, M. & Thrift, N. (eds.) *Thinking Space*. London & New York: Routledge.

Pasolini, P.P. (1985); *Las cenizas de Gramsci*. Madrid: Visor Libros.

Philo, C. (2000); "Foucault's Geography", en Crang, M. & Thrift, N. (eds.) *Thinking Space*. London & New York: Routledge.

Sack, R.D. (1986); *Human Territoriality: Its theory and History*. Cambridge: Cambridge University Press.

Simmel, G. (1986); *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza Editorial.

Scott, J.W. (1999); "La experiencia como prueba", en Carbonell, N. & Torras, M. (eds.) *Feminismos literarios*. Madrid: Arco, pp. 77-112.

Sevilla Buitrago, A. (2002); "El historiador como productor: proyectos históricos de Nietzsche a Tafuri", en *Boletín CF+S*, 21, recurso disponible en línea: <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n21/aasev.html> (fecha de acceso: 19-09-2011).

Sevilla Buitrago, A. (2004); "Großstadtkultur, el debate sobre la gran ciudad en la Alemania guillermina", *Ciudades*, 8, pp. 201-227.

Sevilla Buitrago, A. (2008); "La ciudad y el eclipse de la experiencia. Notas para una historia de la desposesión", en *Polis*, 7(20), pp. 151-177.

Sevilla Buitrago, A. (2010a); "Urbanismo, biopolítica, gubernamentalidad: vida y espacio en la renovación de los estudios urbanos", en *Boletín CF+S*, 44, en línea: <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n44/aasev.html> (fecha de acceso: 19-09-2011)

Sevilla Buitrago, A. (2010b); "Hacia el origen de la planificación: territorio, enclosure acts y cambio social en la transición del feudalismo al capitalismo", en *Ciudades*, 13, pp. 165-181.

Sevilla Buitrago, A. (2011); "Cenizas de Gotha, espectros de Lefebvre: derecho a la ciudad y urbanismo alternativo en el ocaso del estado social", *Biblio 3w. Revista bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. XVI, nº 932, en línea: <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-932/b3w-932-3.htm> (fecha de acceso: 19-09-2011)

Stanek, L. & Schmid, C. (2011); "Teoría, no método: Henri Lefebvre, investigación y diseño urbanos en la actualidad", *Urban*, 2, pp. 59-66.

Tafuri, M. (1997); *Teorías e historia de la arquitectura*. Madrid: Celeste.

Tafuri, M. (1984) *La esfera y el laberinto. Vanguardia y arquitectura de Piranesi a los años sesenta*. Barcelona: Gustavo Gili.

Therborn, G. (1979); *¿Cómo domina la clase dominante?: aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo*. Madrid: Editorial Siglo XXI.

Thompson, E.P. (1977); *La formación histórica de la clase obrera*. Barcelona: Laia.

Thompson, E.P. (1984); *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Barcelona: Crítica.

Thrift, N. (1996); *Spatial Formations*. London: Sage.

Thrift, N. (2007); *Non-representational Theory: Space, Politics, Affect*. London: Routledge.

Topalov, C. (1988); "Espacios, poderes, ciencias: reformas de las clases trabajadoras en el entorno del cambio de siglo", *Alfoz*, nº 54/55.

Tronti, M. (2001); *Obreros y capital*. Tres Cantos, (España): Akal.

Virno, P. (2003); *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Werlen, B. (1993); *Society, Action and Space: An Alternative Human Geography*. London: Routledge.

White, H. (1975); *Metahistory: the Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore, (Estados Unidos): Johns Hopkins University Press.

White, H. (1990); *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*. Baltimore (Estados Unidos): Johns Hopkins University Press.

White, H. (2003); *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Paidós.

Williams, R. (1973); *The Country and the City*. Nueva York: Oxford University Press.

Williams, R. (1983); *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society. Revised Edition*. Nueva York: Oxford University Press.

Williams, R. (1994); *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidós.

Wittgenstein, L. (1976); *Cuadernos azul y marrón*. Madrid: Tecnos.

Wittgenstein, L. (1999); *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Ediciones Altaya.

Yiftachel, O. (1998); "Planning and Social Control: Exploring the Dark Side", *Journal of Planning Literature*, 12, pp. 395-406.

Zinn, Howard (2011); *Nadie es neutral en un tren en marcha: historia personal de nuestro tiempo*. Hondarribia, (España): Hiru.

Žižek, S. (2006); *Arriesgar lo imposible. Conversaciones con Glyn Daly*. Madrid: Trotta.

LOS CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN URBANÍSTICA publicados por el Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio desde el año 1993, difunden bimensualmente aquellos trabajos de investigación realizados en el área del Urbanismo, la Ordenación Territorial, el Medio Ambiente, la Planificación Sostenible y el Paisaje, que por sus características, muchas veces de investigación básica, tienen difícil salida en las revistas profesionales. Su objetivo es la difusión en lengua española de estos trabajos, en el convencimiento de que es necesario potenciar el uso de este idioma entre el mundo científico para conseguir alcanzar ámbitos de difusión a los que, de otra forma, no se podría acceder.

Su formato no es el convencional de una revista de este tipo, con artículos de diferentes autores que, en realidad, abordan aspectos parciales de cada trabajo, muy adecuados para la difusión y el conocimiento rápido de los mismos, pero que no pueden profundizar demasiado debido a su limitada extensión, sino que se trata de amplios informes de la investigación realizada que ocupan la totalidad de cada número. Esto permite, sobre todo a aquellos investigadores que se inician, el tener accesibles los aspectos más relevantes del trabajo y conocer con bastante precisión el proceso de elaboración de los mismos.

La realización material de los Cuadernos de Investigación Urbanística está a cargo del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, garantizándose el respeto de la propiedad intelectual, pues el registro es siempre en su totalidad propiedad del autor. Está permitida su reproducción parcial en las condiciones establecidas por la legislación sobre propiedad intelectual citando autor, previa petición de permiso al mismo.

NORMAS DE PUBLICACIÓN

Las condiciones para el envío de originales se pueden consultar en la página web:
<http://www.aq.upm.es/Departamentos/Urbanismo/publicaciones/ciurpublicar.html>

FORMATO DE LAS REFERENCIAS

Monografías: APELLIDOS (S), Nombre (Año de edición). Título del libro (Nº de edición). Ciudad de edición: Editorial [Traducción castellano, (Año de edición), Título de la traducción, Nº de la edición. Ciudad de edición: editorial].

Partes de monografías: APELLIDOS (S), Nombre (Año de edición). "Título de capítulo". En: Responsabilidad de la obra completa, Título de la obra (Nº de edición). Ciudad de edición: Editorial.

Artículos de publicaciones en serie: APELLIDOS (S), Nombre (Año de publicación). "Título del artículo", Título de la publicación, Localización en el documento fuente: volumen, número, páginas.

Asimismo, se recuerda que el autor tendrá derecho a cinco ejemplares gratuitos.

CONSULTA DE NÚMEROS ANTERIORES/ACCESS TO PREVIOUS WORKS

La colección completa se puede consultar en color y en formato pdf en siguiente página web:
The entire publication is available in pdf format and full colour in the following web page:

<http://www.aq.upm.es/Departamentos/Urbanismo/publicaciones/ciurnumeros.html>

ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS:

- 79 Carlos Fernández Salgado:** "Democracia y participación: el Plan General de Madrid de 1985", 86 páginas, Noviembre 2011.
- 78 Alberto Dentice Bacigalupe:** "El Camino del Inca en el Norte Chico chileno", 82 páginas, Septiembre 2011.
- 77 Ricardo Alvira Baeza:** "Métodos de certificación de la sostenibilidad en proyectos urbanos", 110 páginas, Julio 2011.
- 76 Alessandro Laudiero:** "Habitabilidad básica: indicador estratégico para superar la pobreza", 110 páginas, Mayo 2011.
- 75 Fabián Tron Piñero:** "La gestión de residuos sólidos en Tokio, París, Madrid y México", 114 páginas, Marzo 2011.



PROGRAMA OFICIAL DE POSGRADO EN ARQUITECTURA

MASTER PLANEAMIENTO URBANO Y TERRITORIAL

Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid (UPM)

PREINSCRIPCIÓN DEL 15 DE MARZO AL 27 DE JUNIO

DIRECTOR DEL MÁSTER: Agustín Hernández Aja
PERIODO DE DOCENCIA: Septiembre 2010 -Junio 2011
MODALIDAD: Presencial y tiempo completo
NUMERO DE PLAZAS: 40 plazas
CREDITOS: 60 ECTS

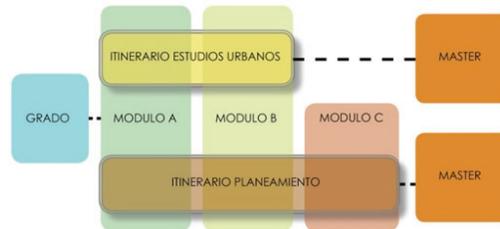
El Máster se centra en la comprensión, análisis, diagnóstico y solución de los problemas y la identificación de las dinámicas urbanas y territoriales en curso, atendiendo a las dos dimensiones fundamentales del fenómeno urbano actual: por un lado, el proceso de globalización y, por otro lado, las exigencias que impone la sostenibilidad territorial, económica y social. Estos objetivos obligan a insistir en aspectos relacionados con las nuevas actividades económicas, el medio físico y natural, el compromiso con la producción de un espacio social caracterizado por la vida cívica y la relación entre ecología y ciudad, sin olvidar los problemas recurrentes del suelo, la vivienda, el transporte y la calidad de vida. Estos fines se resumen en la construcción de un espacio social y económico eficiente, equilibrado y sostenible. En ese sentido la viabilidad económica de los grandes despliegues urbanos y su metabolismo se confrontan con modelos más maduros, de forma que al estudio de las técnicas habituales de planificación y gestión se añaden otras nuevas orientaciones que tratan de responder a las demandas de complejidad y sostenibilidad en el ámbito urbano.

El programa propuesto consta de un Máster con dos especialidades:

- Especialidad de Planeamiento Urbanístico (Profesional)
- Especialidad de Estudios Urbanos (Investigación Académica)

Se trata de 31 asignaturas agrupadas en tres módulos:

- MÓDULO A. Formación en Urbanismo.
- MÓDULO B. Formación en Estudios Urbanos e Investigación.
- MÓDULO C. Formación en Planeamiento.



Luis Felipe Alonso Teixidor
 María Teresa Borilla
 José Fariña Tojo
 José Miguel Fernández Güell
 Isabel González García
 Agustín Hernández Aja

PROFESORADO:

Ester Higuera García
 Francisco José Lamiquiz
 Julio Pozueta
 Fernando Roch Peña
 Felipe Colavidas
 Luis Moya
 Enrique Bardaji

Llanos Masía
 Ismael Guarner
 Ramón López de Lucio
 Enrique Yilla Polo
 Carmen Andrés Mateo
 Álvaro Sevilla

ENTIDADES COLABORADORAS:



ci[ur]

CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN URBANÍSTICA

urban



Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España



Entidad Pública Empresarial de Suelo



Ayuntamiento Real Sitio de San Fernando de Henares

CONTACTO: masterplaneamiento.arquitectura@upm.es
www.aq.upm.es/Departamentos/Urbanismo/masters/index.html

Otros medios divulgativos del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio:

urban

REVISTA del DEPARTAMENTO de URBANÍSTICA y ORDENACIÓN del TERRITORIO
ESCUELA TÉCNICA SUPERIOR DE ARQUITECTURA

PRESENTACIÓN SEGUNDA ÉPOCA

DESDE el año 1997, **URBAN** ha sido vehículo de expresión de la reflexión urbanística más innovadora en España y lugar de encuentro entre profesionales y académicos de todo el mundo. Durante su primera época la revista ha combinado el interés por los resultados de la investigación con la atención a la práctica profesional, especialmente en el ámbito español y la región madrileña. Sin abandonar dicha vocación de saber aplicado y localizado, la segunda época se centra en el progreso de las políticas urbanas y territoriales y la investigación científica a nivel internacional. Ayer y hoy, nuestro objetivo es contribuir al desarrollo de las técnicas y modelos de ciudad y territorio, desde una perspectiva crítica y conjugando las ventajas de nuestra posición en la encrucijada entre el Norte y el Sur globales, entre Europa, el Mediterráneo y Latinoamérica.

Apoyándose en cuatro vectores de interés –carácter generalista y transversal, espíritu crítico, visión regional de los procesos globales y recuperación de la memoria de la disciplina– la nueva **URBAN** se propone servir de espacio para un debate en el que la planificación se juegue sus condiciones de posibilidad. Frente a la deriva disciplinar de las últimas décadas, frente al desplazamiento paulatino del lugar social de la planificación urbana y territorial en los modos de gobierno, nos parece urgente replantear el papel que ésta merece en las economías políticas de la producción de espacio.

CONVOCATORIA PARA LA RECEPCIÓN DE ARTÍCULOS: nº3- Los conflictos de la ciudad existente.

La crisis que tantas certidumbres ha desmontado ha puesto en evidencia la desnudez del discurso sobre lo urbano y la falsedad o inviabilidad de los escenarios en los que hasta hace muy poco se preveía su futuro. El gran relato del crecimiento indefinido y la hegemonía del proceso de urbanización moderno sobre todo el territorio, cabalgando sobre infraestructuras cada vez más costosas, a costa de consumir extensiones crecientes de territorio y de ir devorando su enorme patrimonio de formas alternativas, parece escasamente viable aunque no renuncie a mantener su dominio buscando nuevas configuraciones. Entre ellas y como en otras épocas anteriores la ciudad existente con su maduro caudal de recursos “no renovables” aunque cada vez más mermados, se convierte en la despensa de urgencia “para renovar” el arsenal de fórmulas de supervivencia del régimen de acumulación. Así, de forma contradictoria, lo no renovable nutre la renovación en una espiral de desposesión que mina las bases de la propia reproducción del sistema social y económico en su conjunto, es decir, de nuestra civilización.

A nuestras ciudades se les exige conservar su identidad, es decir ser espacios genuinos que nieguen en el imaginario social la uniformidad que imponen las reglas de juego de la economía avanzada del capital, y de la que cabe esperar pocas ocasiones de evolución. Precisamente, se les pide que alimenten sus circuitos de innovación, es decir, que contribuyan de forma decisiva a renovar las modalidades productivas y distributivas del régimen, sus productos, sus procesos de trabajo y sus mecanismos de circulación, para que aquél siga siendo competitivo en un mundo cada vez más incapaz de conservar sus propias condiciones de existencia. Al mismo tiempo, se les pide que sean los lugares fundamentales para desarrollar nuevos mecanismos reguladores capaces de corregir las patologías sociales derivadas de estas tensiones competitivas y las desigualdades crecientes que constituyen su sustancia y que el decreciente Estado del Bienestar agravará sin duda en el futuro.

Ante la imposibilidad de atender exigencias tan opuestas, cada vez más la intervención sobre la ciudad existente se mueve en el campo de lo ideológico, del imaginario, o de la virtualidad, manipulados. Muestra de ello es la confusión sobre la naturaleza y el alcance real de las fórmulas operativas que se utilizan y que reina sobre un vacío teórico cuidadosamente preservado desde la academia, las instituciones de la ciudad y del Estado y, en nuestro caso, de la propia Comunidad Europea, pero también desde las propias organizaciones ciudadanas confundidas entre los efectos de los procesos de elitización que se les presentan llenos de prestigio y los fenómenos de exclusión social y funcional que descomponen irreversiblemente nuestros otrora complejos tejidos urbanos.

La revista **URBAN** abre así, una convocatoria de estudios y reflexiones sobre estos problemas cruciales, con la intención de ofrecer nuevas aproximaciones tanto en el campo teórico como en la crítica sobre las intervenciones en la ciudad, la rehabilitación integrada, las nuevas centralidades, los procesos de elitización o gentrificación, los nuevos fenómenos de exclusión social, las repercusiones de actuaciones para el incremento de la movilidad en los tejidos internos y peatonalizaciones

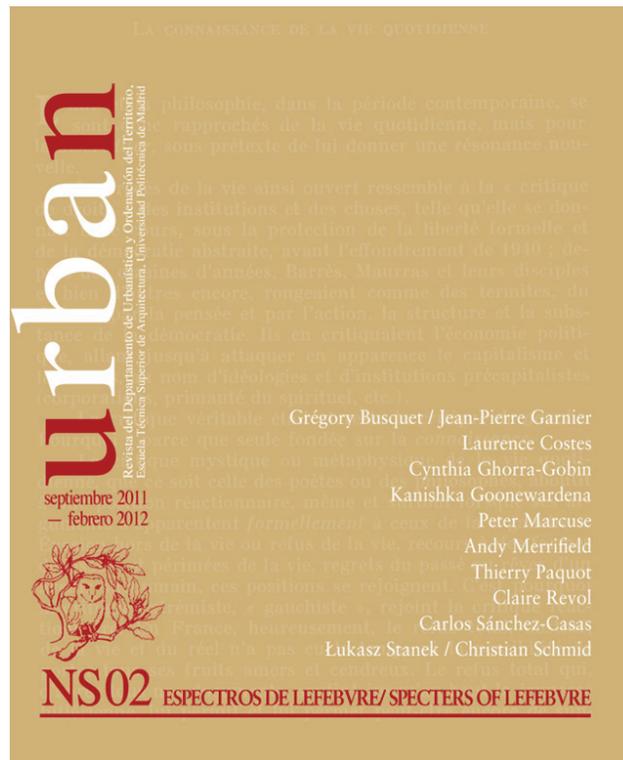
Fecha límite para la recepción de artículos: 30-09-2011

Por último, se recuerda que, aunque La revista **URBAN** organiza sus números de manera monográfica mediante convocatorias temáticas, simultáneamente, mantiene siempre abierta de forma continua una convocatoria para artículos de temática libre.

DATOS DE CONTACTO

Envío de manuscritos y originales a la atención de Álvaro Sevilla Buitrago: urban.arquitectura@upm.es

Página web: <http://www.aq.upm.es/Departamentos/Urbanismo/public/urban/info.html>



Consulta y pedido de ejemplares: ciur.urbanismo.arquitectura@upm.es

Web del Departamento de Urbanística y ordenación del Territorio: <http://www.aq.upm.es/Departamentos/Urbanismo>

Donde figuran todas las actividades docentes, divulgativas y de investigación que se realizan en el Departamento con actualización una actualización permanente de sus contenidos.

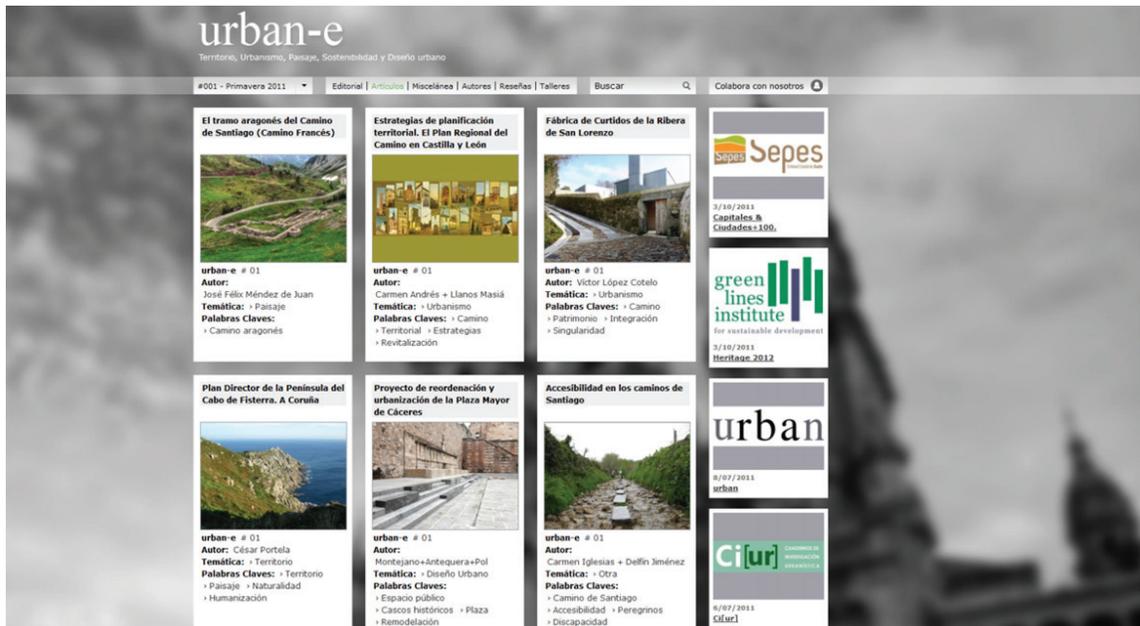
urban-e

Nace urban-e como hija de la revista académica urban y como colaboradora en la tarea de difundir el debate urbanístico con un enfoque que trata de establecer puentes entre el ámbito teórico y la intervención en la realidad, mediante el análisis de actuaciones ya realizadas o planes y proyectos.

La revista se centra en el territorio, el urbanismo, la sostenibilidad, el paisaje y el diseño urbano como campos de trabajo, abordando las distintas escalas en la construcción, la conservación o la puesta en valor de un medio siempre cambiante en el que el hombre debe vivir de la mejor manera posible, como ya decía Aristóteles. La revista apuesta por las nuevas tecnologías ya que su difusión será exclusivamente digital, y recogerá buenas prácticas en estas materias, abriendo un campo necesario a los profesionales del urbanismo para la difusión de sus trabajos, como contraposición a los de arquitectura, ésta convertida en estrella mediática tiene mayor eco en los medios y llega a la sociedad de manera cotidiana, ignorando el hecho de que la arquitectura precisa valorar el soporte e integrarse en el paisaje natural o urbano para expresarse correctamente.

Se pretende que sea una revista abierta en la que tengan cabida todo tipo de propuestas desde todas las disciplinas que intervienen en la construcción del territorio y de la ciudad. Se publicarán dos números monográficos al año, complementados con una sección de miscelánea, en la que tendrán cabida aquellos artículos que sobre cualquier tema lleguen a la redacción y sean seleccionados, así como trabajos de alumnos, tanto como reconocimiento a su esfuerzo como para propiciar su análisis y comparación para comprobar, desde experiencias de enseñanza distintas la bondad de los resultados.

NÚMERO EN CURSO: nº2 – Nuevas extensiones urbanas: el EcoBarrio como modelo (Otoño 2011)



The screenshot shows the homepage of the urban-e journal website. At the top, the logo 'urban-e' is displayed with the tagline 'Territorio, Urbanismo, Paisaje, Sostenibilidad y Diseño urbano'. Below the logo is a navigation bar with a dropdown menu set to '#01 - Primavera 2011', and links for 'Editorial', 'Artículos', 'Miscelánea', 'Autores', 'Reseñas', and 'Talleres'. A search bar and a 'Colabora con nosotros' link are also present.

The main content area features a grid of article thumbnails. Each thumbnail includes a title, a small image, and a brief description of the article's content, author, and key themes. The articles listed are:

- El tramo aragonés del Camino de Santiago (Camino Francés)**: Author José Félix Méndez de Juan. Themes: Paisaje, Camino aragonés.
- Estrategias de planificación territorial. El Plan Regional del Camino en Castilla y León**: Author Carmen Andrés Llanos Masid. Themes: Urbanismo, Camino, Territorial, Estrategias, Revalorización.
- Fábrica de Cortijos de la Ribera de San Lorenzo**: Author Víctor López Cobelo. Themes: Urbanismo, Camino, Patrimonio, Integración, Singularidad.
- Plan Director de la Península del Cabo de Fisterra. A Coruña**: Author César Portela. Themes: Territorio, Paisaje, Naturalidad, Humanización.
- Proyecto de reordenación y urbanización de la Plaza Mayor de Cáceres**: Author Montejano+Antequera+Pol. Themes: Diseño Urbano, Espacio público, Cascos históricos, Plaza, Remodelación.
- Accesibilidad en los caminos de Santiago**: Author Carmen Iglesias + Dellín Jiménez. Themes: Camino de Santiago, Accesibilidad, Peregrinos, Discapacidad.

On the right side of the page, there are several vertical banners for partner organizations and events, including 'Sepes' (3/10/2011), 'green lines institute' (3/10/2011), 'urban' (8/07/2011), and 'Ci[ur]' (8/07/2011).

DATOS DE CONTACTO:

Envío de manuscritos y originales a la atención de Mariam Leboeiro: urban-e.arquitectura@upm.es

Página web: <http://www.aq.upm.es/Departamentos/Urbanismo/publicaciones/urban-e.html>